

BIBLIOTECA MADRID

La Esfera

Año X Núm. 476

18 FEB 1923

Precio: Una peseta



BIBLIOTECA MADRID

EL MÁS PODEROSO
DE LOS



TÓNICOS

cuyo uso es indispensable durante los calores para combatir la falta de apetito y de las fuerzas.

VINO DE VIAL

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene á los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO



En todas edades



LA **CRÈME SIMON**
PARIS

no tiene rival para el cuidado y embellecimiento de la piel. Extenderla sobre la epidermis húmeda.

POLVOS y JABÓN



EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO

AL
ABRÓTANO MACHO

Caamen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



HOTEL CECIL

EL "CECIL" es el centro de Londres tanto para los negocios como para las diversiones.

Los huéspedes tienen en él la ventaja de usar una dirección muy respetable con tarifas mode ada.

El servicio es tranquilo y discreto sin dejar de ser muy satisfactorio. Nada falta en materia de confort y la cocina es inmejorable.

Dirigirse al Gerente por cable o por carta en solicitud de la tarifa.

Cablegramas:
"Cecelia London."



AGENCIA DE TRANSPORTES

SE CONTRATA TODA CLASE DE TRANSPORTES DENTRO Y FUERA DE LA POBLACION

Larra, 6
Madrid

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**

COMPANY
FOTÓGRAFO
Fuencarral, 29

ACONTECIMIENTO EDITORIAL

Se ha puesto á venta la
interesantísima novela
de pasión y de dolor de

“El Caballero Audaz”

titulada

UNA CUALQUIERA

Pedidos directamente á la Editorial

“RENACIMIENTO”

Preciados, 46, Madrid

Lea Ud. todos
los miércoles

MUNDO GRÁFICO



Se invita a averiguar cuantas veces se puede escribir como máxima la palabra MONTBLANC con las plumas Montblanc tamaños 1, 2, 4, 6, 7, 8 y 12, modelo largo o corto.

La cantidad resultante se ha de indicar por escrito, mencionando el tamaño de la pluma que se haya empleado. El referido escrito deberá llevar nombre y dirección del remitente y ser enviado al Representante o Concesionario.

Los premios fijados se adjudicarán a las cantidades de cada uno de los siete tamaños que mas se aproximen a las que ha obtenido un périto calígrafo ante Notario y cuyo documento se halla sellado y en poder del Notario de Barcelona, D. Miguel Martí y Beya.

Terminado el plazo fijado para el concurso, se fallará la adjudicación de los premios ante el mencionado Sr. Notario.

PREMIOS:

- 1o. Una pluma fuente Montblanc recubierta de oro.
- 2o. Una pluma fuente Montblanc recubierta de plata.
- 3o. Una pluma fuente Montblanc con aros oro.
- 25 premios suplementarios, consistentes en una pluma Montblanc, Safety No. 2.

El resultado del concurso se publicará en la prensa y la distribución de los premios se efectuará antes del día 31 de Marzo.

Representante: A. Bernadés, Consejo de Ciento 215.

Concesionario: E. Escofet, Bruch 86.

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS
**La Esfera, Mundo Gráfico, Nuevo Mundo
Elegancias y La Novela Semanal**

en la en la en

Librería de San Martín Agencia Havas “La Publicidad”

Puerta del Sol, 6

62, rue Richelieu, Paris
Preciados, 9, Madrid

Calle del León, núm. 20

Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

LA ESFERA □ MUNDO GRÁFICO □ ELEGANCIAS
NUEVO MUNDO □ LA NOVELA SEMANAL

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
(PAGO ANTICIPADO)

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	40 pesetas
»	Seis meses.....	22 »
EXTRANJERO	Un año	75 »
»	Seis meses.....	40 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	55 »
»	Seis meses.....	30 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
»	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO	Un año	32 »
»	Seis meses.....	18 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »

Elegancias

MADRID.....	Un año	30 pesetas
»	Seis meses.....	18 »
PROVINCIAS, PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS (incluidos gastos de envío y certificado)	Un año	30 »
»	Seis meses.....	18 »
Resto del Extranjero (incluidos gastos de envío y certificado).....	Un año	50 »
»	Seis meses.....	30 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	25 pesetas
»	Seis meses.....	15 »
EXTRANJERO	Un año	50 »
»	Seis meses.....	30 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	28 »
»	Seis meses.....	16 »

La Novela Semanal

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	12 pesetas
»	Seis meses.....	7 »
EXTRANJERO	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	14 »
»	Seis meses.....	8 »

Los señores suscriptores de provincias pueden hacer los pagos por medio de Giro Postal ó Telegráfico, Libranza de Giro mutuo, Sobre monedero ó sellos de Correos, y los del Extranjero por cheque á nuestra orden y sobre algún Banco de esta capital.

Misterios de la Policía y del Crimen
PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN
Hermosilla, 57, Madrid

Los niños pálidos y endeble necesitan sangre nueva, sangre pura que afluya con viveza por sus venas y lleve nueva vida y vigor á todos los rincones de su cuerpo.

Con este poderoso Reconstituyente, los muchachos serán sanos, robustos de cuerpo y de genio alegre; les gustarán los juegos vigorosos, comerán bien y dormirán profundamente.

Pruebe Ud. á dar á su hijo el famoso Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

32 años de éxito creciente. Único aprobado por la Real Academia de Medicina.
Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD impreso en tinta roja.

En la ARGENTINA pídase HIPOFOSALUD

¡CU-CÚ!

NOVELA DE
CRISTOBAL DE CASTRO

(Ilustraciones de MARÍN)

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar

Calidad en los autores :: Cantidad en la lectura :: Baratura en el precio

son los tres lemas á que se sujeta en su publicación

LA NOVELA SEMANAL

Los corresponsales de PRENSA GRÁFICA en provincias y en el Extranjero, los vendedores de periódicos en todas las localidades, las librerías, los quioscos y puestos de venta de periódicos, las Bibliotecas de las estaciones de Ferrocarriles de todas las redes españolas, tienen á la venta ejemplares del número corriente **TODOS LOS SABADOS**, y de números atrasados en cualquier momento. Unos y otros se venden al precio único de

25 céntimos ejemplar en toda España

La Esfera

Año X.-Núm. 476

Madrid, 17 Febrero 1923

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO

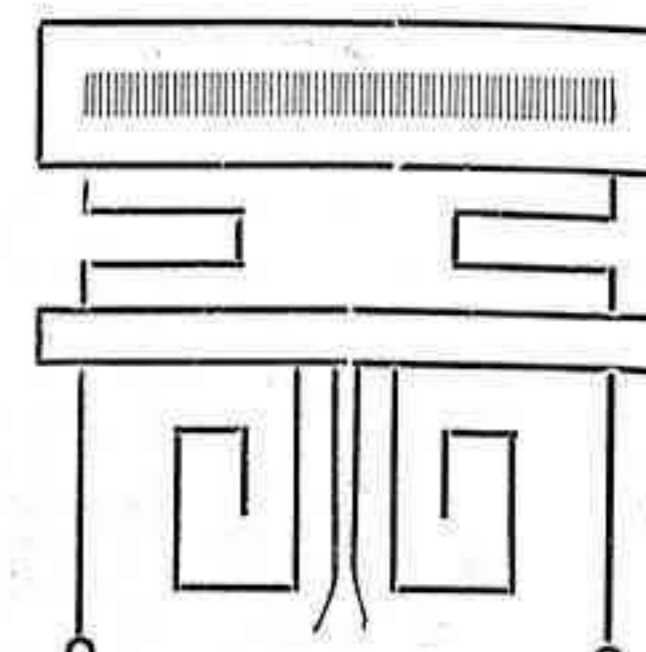
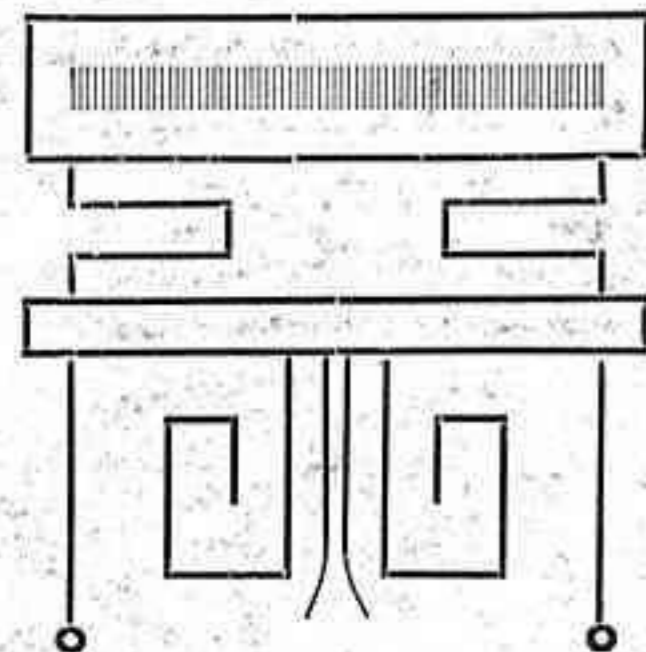
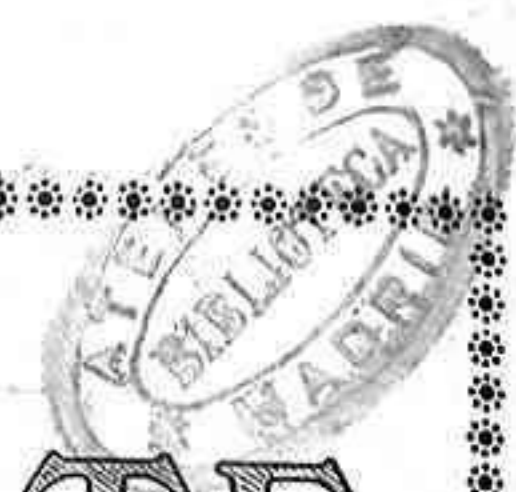


FIGURAS DE HOY.—LA DEPORTISTA

Dibujo original de J. Pons

DE LA VIDA QUE PASA

LA ASCENSIÓN DE COLETTE



RECORDÁIS aquella muchachuela traviesa, de ojos húmedos, de cara triangular, de corta melena y *canottier* andrógino, que apareció en la literatura del brazo de un hombre espeso y que pasó en tres ó cuatro libros sobre los más escurridizos limos sensuales, haciendo equilibrios merced á un balancín contrapesado en un extremo con el buen gusto y en el otro por una agudeza de visión tan nueva que comunicaba aire ingenuo á las peores perversidades? Sí. Si la recordáis. Pues bien: aquella chiquilla es hoy una mujer; aquel talento agraz es hoy un fruto maduro, y la mujer y su talento han subido, si no al cielo precisamente, á la gloria, que es casi mejor.

Avida de vida, la muchachuela adentróse en el laberinto de las sensaciones, y volvió al punto de partida muchas veces tras decepciones y trabajos. Fué, no lo ignoráis, Colette Willy, y tuvo de su matrimonio una hija, Claudina, á quien no se sabe si es más difícil defenderla que condenarla. Cuando la separación sobrevino, el nombre patronímico del esposo desapareció y quedó un Colette á secas, que parecía huérfano, desposeído. Sin embargo, los más sagaces no tardaron en percibir que las cualidades que salvaban la obra anterior, quedaban íntegras en el nombre solitario y se intensificaban y alquitaban con las pruebas de la vida. Quienes conocen bien á Mme. Colette dicen que esas pruebas fueron difíciles: ganar su vida en medio de la competencia afanosa de la vida de hoy, cultivar á un tiempo mismo el huerto y el jardín, vigilarse y vigilar á los pingüinos de presa que acechan en las grandes ciudades la carne viva apetitosa, no es tarea blanda; pero si le echáis encima la de nutrir las aptitudes artísticas con el estudio y la observación y la de ordenar las parejadas de la fantasía y de los nervios á través del ritmo de las danzas y del ambiente febril de los *music-halls*, comprenderéis el gran mérito de la mujercita que iba haciéndose una gran escritora. En *La Vagabunda* debe de haber más de un episodio embalsamado de aquellos tiempos ásperos y divinos de la primera juventud de la que hoy es Mme. de H. Jouvencel; es decir, esposa de uno de los políticos en quienes la opinión intelectual francesa pone mayores esperanzas. El talento y la voluntad hicieron que, al par de la artista, la mujer subiese

también los trabajosos escalones del encumbramiento.

Y todo esto sin gazmoñería, sin renegar de su pasado inquieto, sin perder la admirable curiosidad mental, sin momificarse, sin adquirir ese grotesco barniz moral que adquieren muchas generosas de sus gracias redimidas por un matrimonio de otoño. Colette es la misma; es la misma, por fortuna: la agudeza prodigiosa de sus *siete diálogos de bestias* está en germen en tal página, en tal observación; el arte nostálgico que á veces besa y á veces muerde el alma de su *Casa de Colette*—que en breve daremos á los lectores españoles—vislúmbrase en más de un pasaje de aquella «Retirada sentimental», donde la sensibilidad femenina no deja al talento viril ni siquiera una ocasión de poder vanagloriarse de haber colaborado en ella. Un ensayo reposado acerca de las aportaciones de Colette á la novela contemporánea revelaría la modestia elegante de esta mujer que Molière no hubiese podido clasificar junto á las Agnes, las Philaminte, las Armande y las Henriettes. Nada en ella tiene regusto erudito; su arte está hecho de menudos cinismos y de grandes rubores. Di-

jérase que no recuerda nada, que no sabe nada, sino que todo lo descubre por primera vez. En la cuna de la que había de ser veinte años más tarde temor y delicia de las profesoras, las hadas pusieron el regalo de dos ojos nuevos, no usados jamás en contemplaciones humanas. Y estos dos ojos de mirar agudísimo, en los cuales pone á veces la emoción, neblinosa humedad que desenfoca las figuras, es, sin duda, el presente óptimo que pudieron hacerle. Mme. Colette debe escribir una oración para dar gracias á sus hadas benéficas.

La reputación de la escritora, acrisolada ya, tiene en la literatura europea el fulgor firme de las luces que han de alumbrar durante mucho tiempo. El frenesí vital, otro tesoro comparable al de sus ojos de mirada nueva, la ha llevado á comentar en el periódico la vibración cotidiana, inspirándole páginas inolvidables. Quienes leyesen en *Le Matin* las sesiones del juicio oral que precedió á la condena del famoso Landrú, conocen una de las joyas en que la aleación del periodismo y del arte, de la reflexión y de la prisa, de la observación exacta y de la fantasía envolvente se funden en aleación fe-

liz. Algunas de estas páginas y muchos de los cuentos breves que en el mismo diario publica—momentos irisados por todas las luces, ya ingeniosos, ya patéticos, ya amargos, ya risueños ó poemáticos—pasarán á las antologías.

Pródiga ha sido la literatura francesa en mujeres de poderosas aptitudes. Colette figurará entre las más ilustres de la ilustre teoría, y sus páginas, impregnadas de un sabor agridulce, serán, por mucho que evolucione el gusto, de las más gustosas. Su prosa alcanza en numerosas cimas las cualidades raciales de la prosa de Francia: la tersura, la claridad, la profundidad transparente. Su arte de narradora es insuperable; el zumo filosófico riega hasta las anécdotas de apariencia más frívola, y la levadura de amor y de dolor humanos engrandece hasta las páginas de menor longitud. Nada en ella es manera; todo es estilo.

En la creadora de Kiki-la-Doucette y de Toby-Chien se realiza esa cita feliz que se dan de tiempo en tiempo en los seres humanos: la Vocación y la Aptitud.

A. HERNANDEZ CATA

COLETTE

LAMARA F20

UN MAL PENSAMIENTO FEMENINO

(CUENTO HUMORÍSTICO)

EL, después de tres años de matrimonio, siente la nostalgia de sus tiempos moceriles, y resuelve largarse á un baile de máscaras. Excusas, pretextos, justificación minuciosa, ¡ay!, demasiado minuciosa, de su salida y de su tardío regreso que anuncia al hogar conyugal aquella noche.

ELLA, alarmada por tanta justificación, y enterada del objeto de aquella escapada por un descuido del excesivamente confiado esposo, acuerda seguirle y pescarle *in fraganti*.

EN EL BAILE

ELLA, cansada de verle zascandilear con unas y con otras, y en parte asustada del asedio continuo de los admiradores de su gentil figurita, se cuelga del brazo de su marido y comienza á embromarle, nerviosa, muy nerviosa, pues siente tanto azoramiento como ira.

EL confunde aquella nerviosidad y la cree hija de la timidez. Se imagina que ella es una muchacha soltera, escapada del hogar paterno por conocer un baile. Se plasma en su imaginación una novela..., y ante las repetidas bromas de su esposa, y para seducir mejor á la mascarita, que se le antoja bellísima, niega que sea casado.

ELLA (*irritadísima*).—¡Si se te conoce á la legua que eres casado!...

EL (*empezando á molestarse ante la insistencia de la máscara*).—No sé en qué. No parece sino que los casados vistan de uniforme.

ELLA.—Sí. En muchos detalles. Un hombre soltero no conserva tanto la ropa. Y en la tuya se nota el cuidado de tu mujer. Ese frac seguramente es de cuando te casaste. (*Protestas de él.*) Y, sin embargo, parece que acaba de salir del sastre. Tu mujer debe ser una esposa modelo. ¡Y pensar que tú estás aquí pendoneándote!... (*El jura y perjura que no es casado.*) ¡Pero si se te está leyendo en la cara, una cara de hombre casado con una mujer muy de su casa que te cuida muy bien!

EL.—¡Jesús, qué *asaura* eres! Cambia de disco, y vamos al palco. Tomaremos una copa de champaña.

ELLA.—No. Contigo no voy ni á la gloria. Porque ya sabes que el matrimonio no lo disuelve ni la muerte, y no querría encontrarme allá con otra mujer que me disputara un hombre, y menos si ese hombre eras tú, que vales bien poco...

EL (*cada vez más enalabrado*).—Como broma, aunque de dudoso gusto, puede pasar. Pero, mira, de una vez para siempre, sépaslo: soy soltero, á Dios gracias. (*Viendo el gesto de persistente incredulidad que ella pone.*) Bueno. Y aunque fuera casado, no sé qué inconveniente podía haber para que yo dejase á mi mujer, si mi felicidad estaba contigo...

ELLA (*irritadísima y ya sin fingimientos de voz*).—¡Muy bien, grandísimo tunante! ¿Conque soltero? ¿Conque sin inconveniente para dejar á tu mujer si te gustaba otra? (*Sorpresa y casi espanto en él. Como hombre listo, se rehace prontamente y empieza la reconquista de su mujer.*)

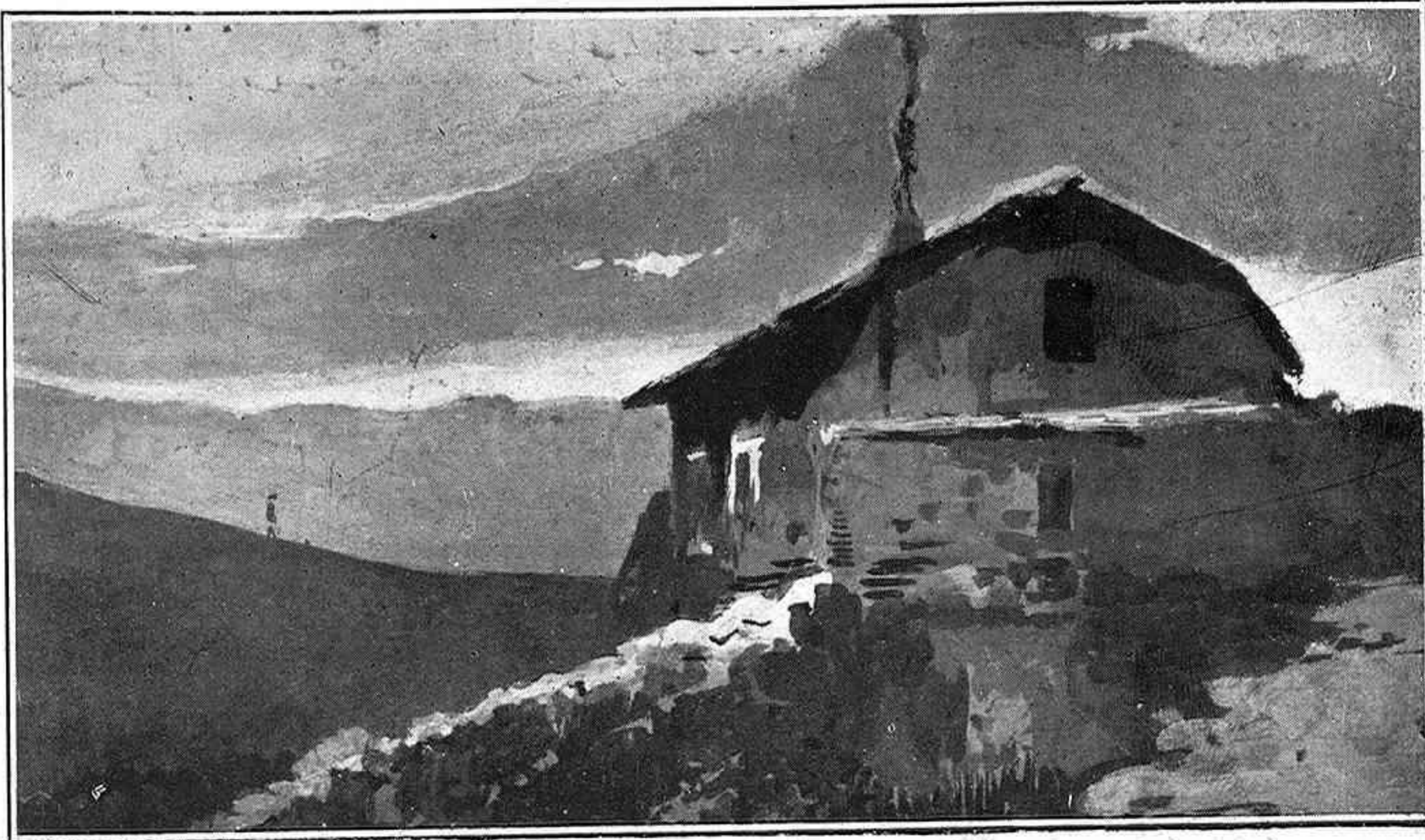
EL.—¿Que he venido aquí? A nada malo, puedes crearme. (*De pronto, viendo en un palco á un amigo del matrimonio, hombre ya de edad, pero jaranero.*) Precisamente ha tenido la culpa el marqués. Miralo allí, en aquel palco... ¡Quién lo diría! ¡Un hombre de su posición y de su reputación, aquí, en un baile!

ELLA.—No parece sino que tú estás en la Catedral...

EL.—No, mujer, si no es eso. Es que él, con sus años y su respetabilidad, me ha estado tentando en el Casino estos días con vayas y pulas hasta picarme el amor propio y hacerme venir. Pero ya me has visto. ¡Estaba más aburrido!...

ELLA.—Pero, grandísimo perro, si estabas zascandileando con unas y con otras.

EL.—Esa es la mejor prueba de que no me interesaba ninguna. Por no hacer el ridículo. Es más: me aburría tanto, que me preguntaba: pero, ¿es posible que yo me haya divertido de



He abierto mi ventana á la tarde que se muere...
«¡Que no la llames, que ya no viene!...
Se ha marchado de la Sierra con otro novio que tiene...
¡Que no la llames, que ya no viene!...»
A lo lejos un pastor canta... La tarde esmorece...
La tristeza del crepúsculo también mi alma la siente...

El humo del llar se eleva al cielo, tan suavemente que parece una oración de la tarde... Mi alma tiene una infinita tristeza por el cantar que la hiere...
«¡Que no la llames, que ya no viene!...»
Pienso en su amor...
En el valle suena el Angelus, doliente...
(¡Dón, dón! ¡Dón, dón!...) ¡Qué bien rima

con mi suave dolor!...
Vienen lejanas voces que llaman á no sé quién... Ensombrece ya la noche mi aposento y á oscuras, pienso... ¡No viene!...
Nada se oye ya... La brisa olor de pinocha tiene...
Y ya en la noche, mi llanto va cayendo dulcemente...
EDUARDO DE ONTAÑÓN
DIBUJO DE VERDUGO LANDI

mozo en estos aburridos lugares? En cambio, mira cómo con ninguna me he detenido á bromear tanto tiempo como contigo.

ELLA.—Conque bromear, ¿eh? Bien que jurabas que eras soltero, y bien emperado estabas en que cenase contigo, y bien que me prometías dejar á tu mujer...

EL.—Eso sí que no. Te diré. ¡Si tienes tú la culpa, boba! Sí. Por lo que me gustas y por lo que te quiero. (*Demostraciones de incredulidad en ella.*) ¿Que no? Pues debía haberte convencido lo que he hecho: en cuanto te he visto, todas las demás mujeres han estado de más para mí. Porque me aburrían... ¿Quieres mayor prueba de lo que me gustas?

ELLA.—¡Si tú creías que era otra!...
EL (*sin inmutarse ante un embuste*).—¡Quita! ¡Si te conocí en seguida!... ¡Si se te conoce á la legua! (*Adulador.*) Y me hice el loco. Pero aunque te disfraces, hay una cosa que no puedes ocultar: tu *chic*. Porque tienes un *chic* inconfundible... Y una distinción... ¡Vamos! ¡Como que te iba yo á confundir entre todas las mujeres del mundo!... ¿Que parecías otra? (*Extrémamente la adulación.*) ¡Si las mujeres buenas como tú no saben fingir! (*Después de un rato no muy largo de extremos y galanterías por este tenor, cuando la ve convencida.*) Oye, chiquilla, se me ocurre una cosa: en vez de irnos á casa, como te acabo de decir, te propongo otra cosa: nos quedamos aquí. Vamos á bailar. Nadie te conoce. Creerán que eres mi amante. Cenaremos luego en un palco...

ELLA.—Pero, ¿no tenías un palco?
EL (*recordando con pena el dinero que le ha costado el otro, al que no quiere llevarla en manera alguna, por temor á que su esposa sepa lo prevenido que estaba para correr una juerga, y porque no puede llevarla al que tiene tomado con otros amigos, para no quedar en ridículo, por cualquier lado que mire el relato de su aventura: diciendo que ha sido descubierto por su esposa, ó mintiendo que la ha llevado allí, lo que no hay modo de hacer creer.*) ¡Yo! ¡Qué había de tener palco! Lo dije porque eso es cosa fácil de hallar. Ahora verás. Si quieres que nos quedemos, verás qué poco tardo en tomar uno. ¿Qué te parece?

ELLA (*sin poder resistir la tentación*).—No lo merecías; pero, en fin, seré tu castigo. Pasarás conmigo esta noche que querías pasar con otra.

EL (*dándole un beso á su mujer*).—¡Qué mejor premio! ¡Toma! (*Otro beso.*) En acción de gracias.

ELLA.—¡Quita, hombre! Van á decir si necesitamos venir á esto aquí.

EL.—No lo creas. No nos conocerán por eso. A eso no vienen aquí los matrimonios.

DESPUÉS DEL BAILE

Miércoles de Ceniza. En el confesonario.

EL CONFESOR.—¿Que no se atreve usted á confesar un pecado más grave que haber ido al baile con su marido para que los creyesen otra cosa?

ELLA.—Y eso que no me quité el antifaz. Más. La cena me puso de mal humor. Como fui la que más gustó en el baile, todos envidiaban á mi marido. Así estaba él de satisfecho. Me dió coraje aquella satisfacción. Me pareció humillante, y acabé por darle un disgusto.

EL CONFESOR.—¿Por qué?
ELLA.—Porque estuviese satisfecho de que yo fuese la más apetitosa entre tantas que sólo para quitar el apetito servían. Por ahí empezó nuestra discusión. Luego no sé si pensando lógicamente, ó locamente, me dió rabia de haberme prestado á parecer la amante de mi propio marido.

EL CONFESOR.—¿Rabia ó remordimiento por el escándalo causado?

ELLA.—Por ese lado, no sé que en un baile de máscaras pueda escandalizar eso. Rabia, padre, por haberme prestado á que creyesen que yo tenía una rival digna de mí. Es decir, que yo misma contribuí á que sus amistades creyesen que mi marido me engañaba. Como estaba tan excitada, pensé: soy la más ridícula de las mujeres. Porque á otras las pone en ridículo otra; pero yo, al prestarme á parecer lo que no soy de mi marido, me he puesto yo misma, la esposa, en ridículo.

EL CONFESOR (*aparte*).—¡Señor! ¡Lo que alambican estas cabecitas! ¡Lo que se les ocurre!

ELLA.—Y esto sí que no sé cómo contarlo. La noche acabó mal. Como él había cenado tanto ó más que yo, no le hacían efecto mis reproches. Con la cara congestionada estuvo mirando á la luz, como si en vez de escucharme se estuviese recreando con el recuerdo de su éxito en el baile. Y entonces, ya fuera de mí, no sé si sintiéndolo ó no, le dije...

EL CONFESOR.—Algún disparate.
ELLA.—Sí, padre. Tan grande que va á ser causa de nuestra separación, si Dios no lo remedia.

EL CONFESOR.—Pero, ¿qué le dijo usted?

ELLA.—Que también yo había tenido un éxito. Cuando me dijo que también yo me había divertido, le repliqué, sin darme cuenta de la gravedad de mis palabras: «No lo creas: el éxito ha sido tuyo, porque todos te envidiaban la pareja. Tú estás satisfecho, pues, porque todos han creído que me eras infiel. Para que mi satisfacción hubiese sido igual á la tuya, habría sido preciso que hubiesen pensado lo mismo de mí...»

E. GONZALEZ FIOL

RECIBIDA
APRIL

LA PSICOLOGÍA DEL APLAUSO



TENÍA un alma compleja y melancólica, en el cuerpo desgraciado de una histérica. Llegaba en el sufrimiento á rodearse de una atmósfera impura de hastíos y de cóleras sin causas.

Pasaba la vida como en un yermo, y gozaba en deshojar las rosas, para sentir las espinas, cambiando la parte clara y feliz de la existencia en un continuo tremor de desesperación.

La Naturaleza le había regalado dos dones que no tienen precio: belleza y talento. Las reinas envidiarían la elegancia de linaje antiguo de su cuerpo esbelto; las cerebrales anhelarían tener su imaginación flexible y la fácil virtud de comprenderlo todo.

Después tenía á sus pies la multitud que la acogía: era actriz, de ojos inmensos y verdes, de obscura crencha y de boca grande y roja, como una fruta tan madura que el sol hubiera entreabierto.

Retorcida por ese fatal mal de una tristeza sin motivos, no le halagaban ni las frases ni los aplausos. En vez de gozar con el triunfo y regocijarse con el suceso, se dejaba apresar lentamente por el negro demonio del histerismo; en vez de risas, sólo brotaban hondas quejas de su boca grande, mientras las lágrimas quemaban su piel, envejeciéndola injustamente.

El vestido negro la oprimía en un abrazo de luto; tenía la pasión por la soledad, y nutría su alma con satánicos libros, que le gangrenaban el organismo. Hacíó su apartamento con estampas de una voluptuosidad enfermiza; de su viaje por exóticos países trajo colecciones completas de estatuillas sensuales, y hacía arder en un pebetero fuerte esencia de sándalo, almizcle y canela mezclada.

Sólo era Ella en teatro, altiva princesa de tiempos medievales, casta monja del viejo cristianismo, perversa cortesana moderna, adúltera de gran mundo, colegiala ingenua ansiando vida nueva; Sol, Berenguela, María Magda-

lena, Thais, Maud, Sophie, Luz, Monna Vanna, Francesca, Ofelia, en todas las obras abría el gran tesoro de su voz profunda y dejaba su cuerpo grande vagar en el falso ambiente del escenario.

Después, en el apartamento era la Sibila: desgreñada, medio desnuda; llena á veces de pasión, hastiada de caricias y ebria de licores, ensayaba, en su terrible deseo de sufrir, nuevos tormentos morales; se creía desgraciada, despreciada por la multitud; percibía una ironía en un elogio; odiaba al que la amaba; y sin querer ser comprendida, caía en accesos de una furia tal que todo rodaba á sus pies en tumultos y fracasos, hasta que extenuada físicamente, en el fondo de un sofá; envuelta en un manto de terciopelo negro, que más bien parecía una mortaja, dormía profundamente.

En las tardes, su paseo favorito era el camino del cementerio, y á cada entierro sollozos infinitos le torturaban la garganta, al pensar en el que le produciría la muerte de su madre.

Muchas veces llegaba al morbosismo de visitar la Morgue, y allí se detenía, fascinada, ante aquellos cuerpos hinchados, cubiertos de la verde lama con que el río los había envuelto en la noche del suicidio. De esa casa espantosa salía tarde, asqueada de tanta lividez, y entraba alegre en el escenario, á representar ante un público emocionado la despreocupada cortesana que arruina menores nobles.

Por una enfermedad muy larga que padeció en la pubertad, no podía tener descendencia, y en sus noches de amargura pensaba en las cabezas rubias, que en aquella hora reposarían dacióticamente sobre almohadas de encajes: adoraba tanto á los niños como despreciaba á los hombres.

A su protector sólo lo amaba por la necesidad de vivir espléndidamente; fuera de las horas de intimidad, sólo él era su instrumento mayor de dolor; sobre él caían durante el día las recri-

minaciones y los insultos, como en los misterios de las medias noches caían las dulcísimas caricias.

Huraña, áspera, pasaba las horas en el fondo del diván—que parecía un ataúd—en fumar infames cigarrillos mezclados con té, opio y blondo tabaco de Virginia. Cerca, abierta é impasible, la obra que estudiaba permanecía en el mutismo de lo desconocido. Tenía una memoria prodigiosa: en dos días aprendió la parte que una su rival había llevado meses enteros en comprender; y sin ensayos fué á la escena, venciendo donde la otra no logró un aplauso.

Precisamente su carrera dependía de su último trabajo, ferozmente complicado, de un autor joven difícil de contentar. Y para aprender tanto durante un mes, había roto montones de *bibelots*, fumando cajas de cigarrillos y atormentando su espíritu con todos los dolores más horribles del pensamiento. La responsabilidad del trabajo le producía vértigos y desmayos. Un día estuvo sin sentido más de dos horas; pero la obra marchaba, los ensayos se sucedían radiantes, el autor agotaba todos los adjetivos de la admiración y el empresario la llenaba de regalos.

Los trajes que había ordenado eran compendios de exquisiteces y magnificencias de colores: los velos de plata, las sedas tornasoles, los *crêpe de Chine* delicados como cutis de niñas, como pétalos de flores, se unían en túnicas y en peplos; y cien obreros orífices combinaban joyas extrañas, que sólo hubiera podido soñar una reina de Saba.

El ensayo general fué un medio triunfo: la Prensa invitada rompió en himnos de alabanzas; los compañeros casi besaron los pies de la gran actriz, y el autor lloró de entusiasmo en brazos del empresario.

Aquel día del estreno, el carácter de Lais—disfrazaba con un nombre romántico el suyo vulgar de calendario—estaba apacible y sere-

no. Leyó algunos versos, no fumó, escondió en el fondo de su cofre algunas de sus más atrevidas estatuitas y, por raro caso, no insultó á su protector con nombres groseros.

Cuando apareció en escena envuelta en todas las palideces de los matices, deslumbradora de belleza, la multitud dejó escapar un ¡ah!; pero un cronista anotó á un compañero que los ojos verdes y satánicos de Lais parecían serenos y azules.

La primera escena fué lánguida; los versos se esparcían con el rumor monótono de un río que corre; el gesto era falto de ese fascinante movimiento ante el cual se alzaban las multi-

Y en el sueño, La isse veía vestida de una tela muy clara que tuviera como adorno pequeños y modestos puntos escarlatas; sobre sus crespos cabellos oscuros ataría un ancho sombrero de paja é iría, entre margaritas y belladonas, á visitar á los niños de la aldea, en aquel país imaginario, donde no había Morgue ni apartamentos tapizados; donde el único aire que perfumara la habitación viniese á través del bosque, trayendo olores de resina, de flores y de heno recién cortado.

A la tercera escena, su andar era terrible; su palabra, imperceptible, y el monstruo de cien ojos del público rompió estruendosamente

á acompañar cada rima con el canallesco estridor del silbido y el humillante batir de la carcajada...

Cuando la obra se hundió junto á la fama de la artista, Lais aún soñaba que en una de esas apacibles tardes de Primavera, con un cura de cabellos canos al lado de su lecho, y un concierto de pájaros del vecino bosque, cerraba los ojos para dormir eternamente...

Aquella noche, cuando entró en su apartamento, serena y bella como una reina, ni fumó ni bebió; sus ojos verdes parecían azules, y en su lecho inmenso, cubierto de mantas fenicias y pieles blancas, besó casta y tiernamente en



PENAGOS
XXII

tudes emocionadas, y aquel temperamento que revelaba el alma apasionada de la actriz traicionaba lentamente la acción escénica: el auditorio murmuraba.

Lais pensaba en una vida sola, entre niños y entre flores, con un cielo azul y un aire tibio, lejos, cerca de un bosque siempre verde, en una casita sin tapices ni muebles de formas raras; á la segunda escena ya la voz era flaca, gutural, sin énfasis ni alteraciones de sonidos; y aquel auditorio, que esperaba de ella tanto en esa gran obra de un tan grande autor, comenzaba á enseñar irónicamente, entre risas y murmullos, señales de desaprobación.

la frente á aquel que tanto había hecho padecer.

El aplauso había enervado, pervertido y emponzoñado el carácter de la actriz; el silbido, el sarcasmo, el insuceso habían resucitado, en el fondo de un alma complicada, la naturaleza de la mujer.

Nacía á la vida, dulce y débil, la que había sido un torbellino de depravaciones en un cuerpo infeliz de histérica...

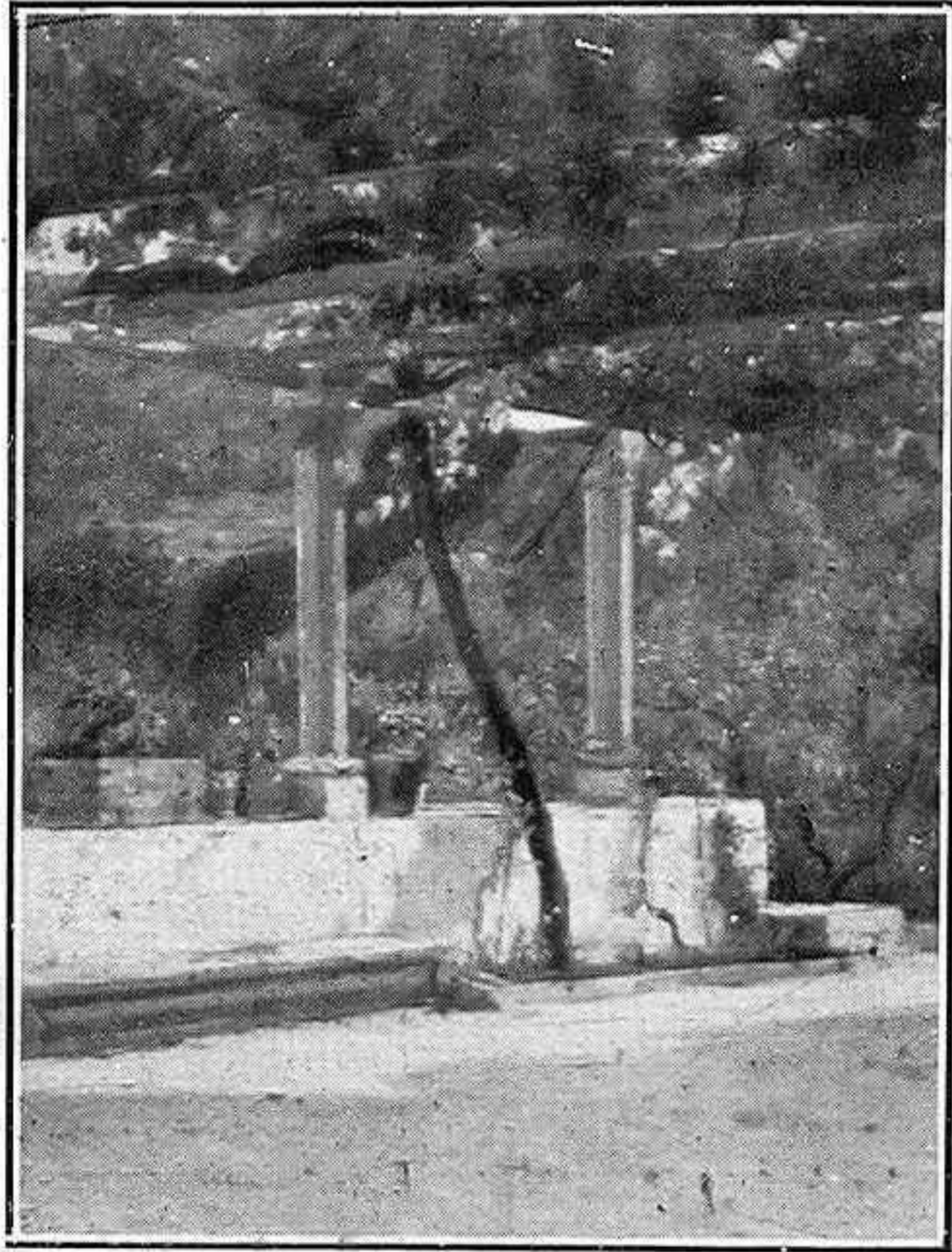
FRANCISCO G. DE CISNEROS

Paris,

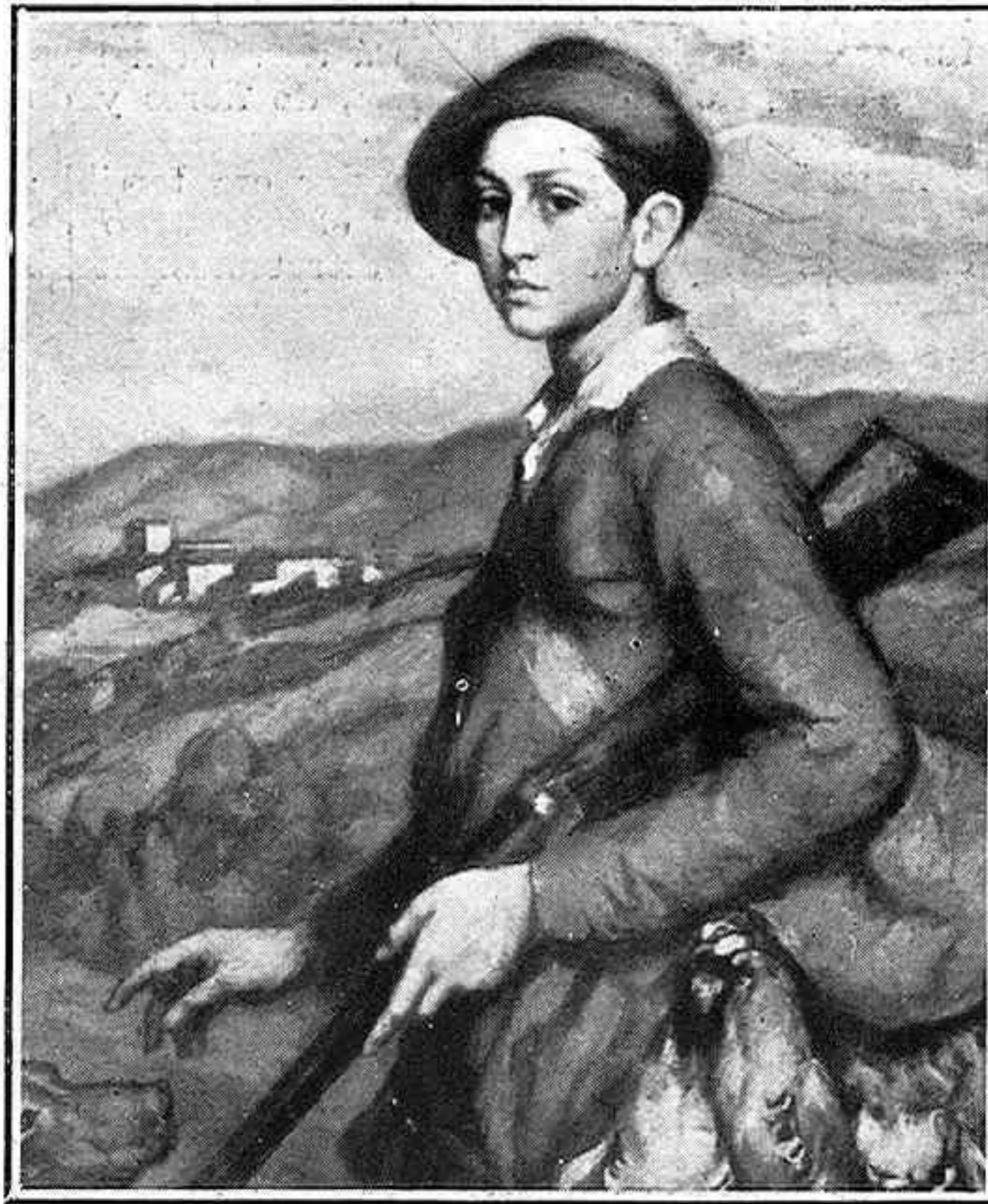
DIBUJOS DE PENAGOS

PINTURA CATALANA

EL CONCURSO PLANDIURA



«Jardín», por Eliseo Melfrén



«El niño cazador», por Ricardo Canals



«El Generalife», por Santiago Rusiñol

La personalidad de Luis Plandiura tiene en la vida catalana un relieve noble y una eficacia elocuente. Desde hace veinte años viene consagrado á la generosa tarea de estimular con su buen gusto y con su peculio personal las orientaciones estéticas coetáneas. Paralelamente al florecimiento de la pintura y la escultura catalanas, Luis Plandiura ha ido creando un Museo de arte moderno que ya significa algo de valor histórico inapreciable. No se podrá intentar el estudio de las modernas tendencias sin acudir á este Museo de la barcelonésima calle de la Ribera.

Allí se encuentran los primeros cuadros afirmativos de Suñer, de Canals, de Nogués, de Carles, de Galí y de tantos otros como ahora señalan la culminación del arte joven en Cataluña. Allí los maestros Mir, Rusiñol, Casas, Raurich; allí una espléndida colección de obras de Nonell, el malogrado y el incomprendido; allí los primeros paisajes de Pidelasserra, apenas insinuado en la evolución de la pintura actual. Allí bronce y mármoles de Casanovas, el expresivo escultor de su raza y de su época.

Pero también el pasado ofrece en el Museo Plandiura obras admirables: cerámicas, escul-

turas, pinturas primitivas, lienzos de Goya y del Greco, textilaria, vidriería.

Y todo ello, la grandeza augusta de lo pretérito, el sonriente y vivaz encanto de lo actual, respondiendo á una selección indudable, á una valoración sin tacha. Pocos museos tienen esa seguridad ponderada é irreprochable como el de Plandiura. Ninguno la sensación de que su creador convive con las obras bellas en una intimidad cotidiana muy diferente del abandono yerto de otros museos donde las cosas parecen muertas en las vitrinas y se van cubriendo de polvo y de olvido ante los bostezos y paseatas lentas de los vigilantes...

Hemos de consagrar un artículo al Museo de Plandiura. Lo merece y lo consideramos necesario para ejemplaridad de los que pueden y no quieren ó no saben utilizar sus medios económicos y sus entusiasmos como Luis Plandiura.

Figuras como esta del mecenas catalán son las que deben destacarse y alabarse, frente á la crasa y estólida indiferencia de las multitudes.

ooo

No tanto para enriquecer su museo—colmado, según decimos antes, de positivas bellezas antiguas y modernas, repleto de expresivos conjuntos pictóricos de los primeros artistas catalanes—como para no interrumpir su apostolado á favor del renacimiento estético de la época presente, Luis Plandiura convocó un certamen de pintura al que pudieran concurrir todos los artistas catalanes ó residentes en Cataluña largo tiempo. Ofreció quince mil pesetas, distribuíbles en cinco adquisiciones con destino á su colección. Los artistas han respondido cumplida-

mente al rasgo de Luis Plandiura. Más de trescientas obras se presentaron en la calle de la Ribera, y de ellas han sido seleccionadas y expuestas ciento quince en los Salones de las Galerías Layetanas.

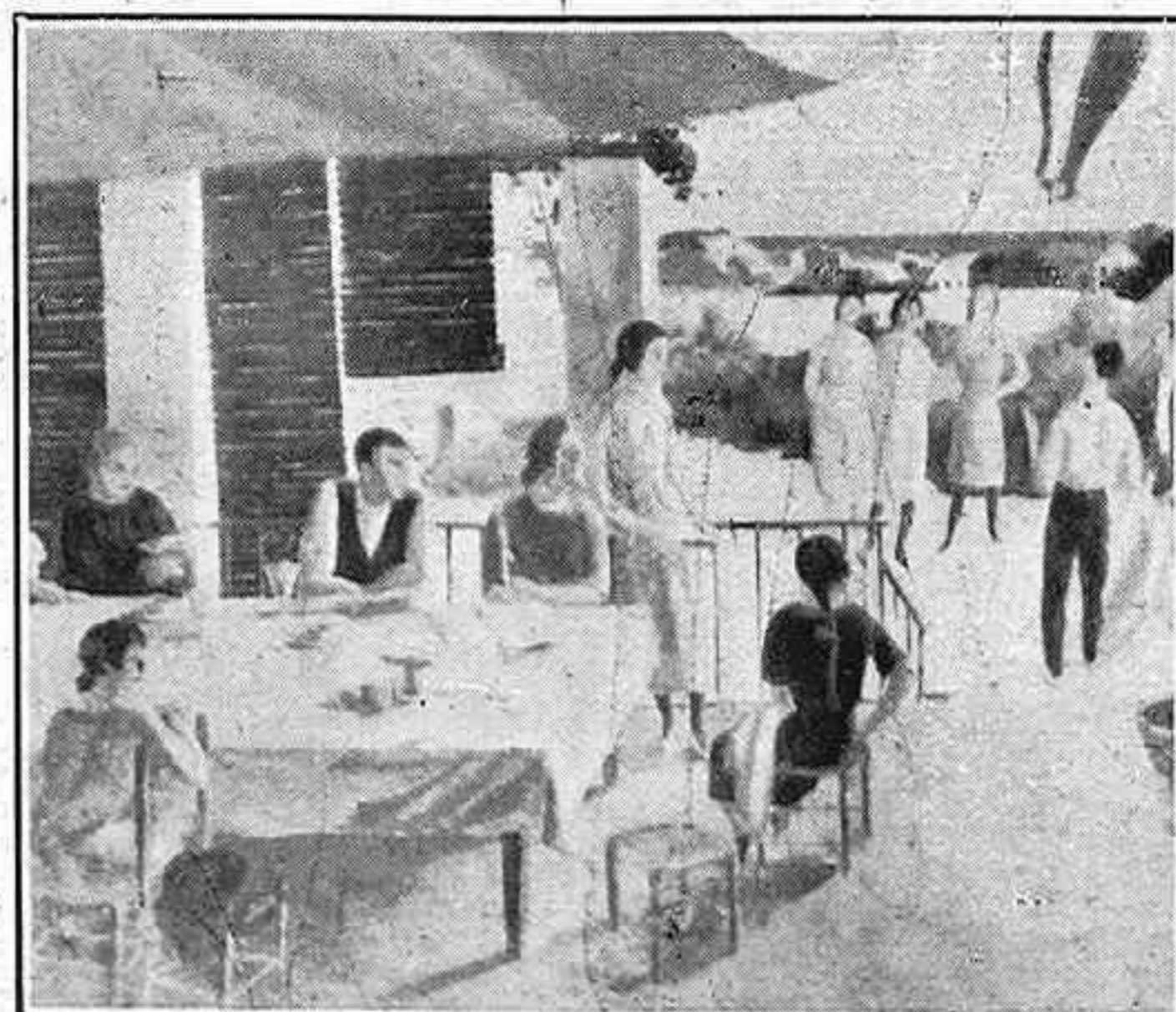
¡Magnífica Exposición esta donde encontramos desde los nombres de aquellos que empezaron la amplia y ecoica resonancia de la pintura catalana más allá de sus horizontes, hasta los de jóvenes como Ramón Capmany y Alfredo Sisquella, tan jubilosos de ortales promesas!

Eugenio d'Ors, con esa densidad ideológica y esa fresca pureza—ritmos nuevos y normas clásicas—de estilo que definen su intelecto en el tono elevado y didáctico que tiene todo lo que escribe, señala en el prólogo del Catálogo la supremacía de la pintura sobre todas las demás actividades catalanas de hoy. La exalta, además, separándola de contactos enojosos ó mediocres. Considera que nada tiene esa calidad de excepción en lo que él llama «atonía de la espiritualidad catalana».

Por de pronto sí puede afirmarse ante esa agrupación de cuadros ofrecida ahora en Barcelona, y mañana en Madrid, que la pintura moderna tiene en Cataluña una solidez profun-



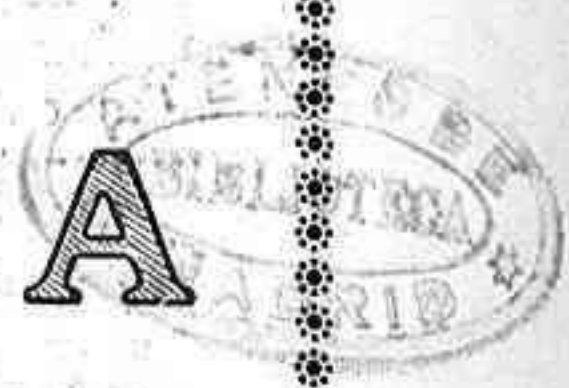
«Retrato», por Francisco Vayreda

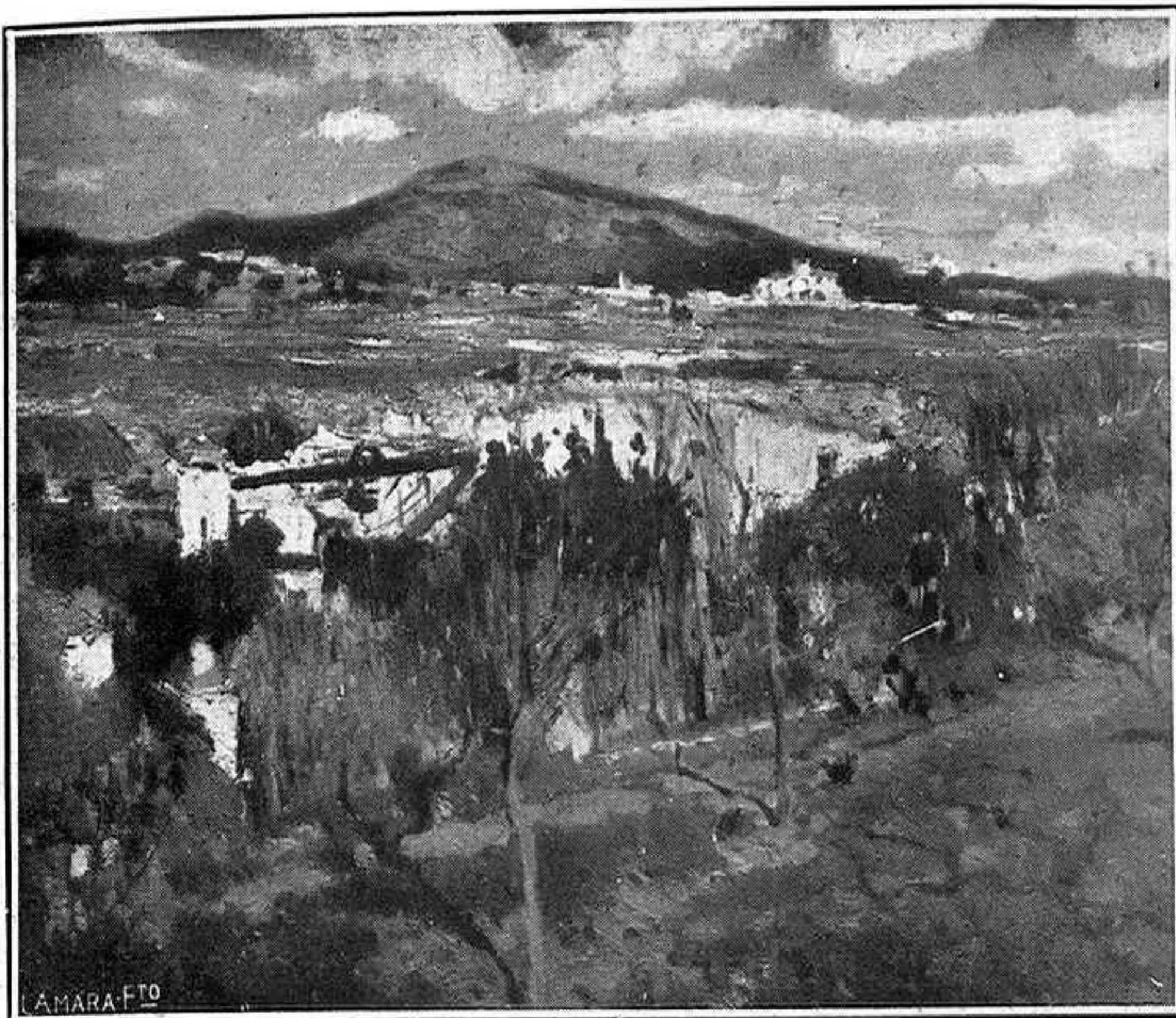


«Tarde de domingo», por Javier Nogués

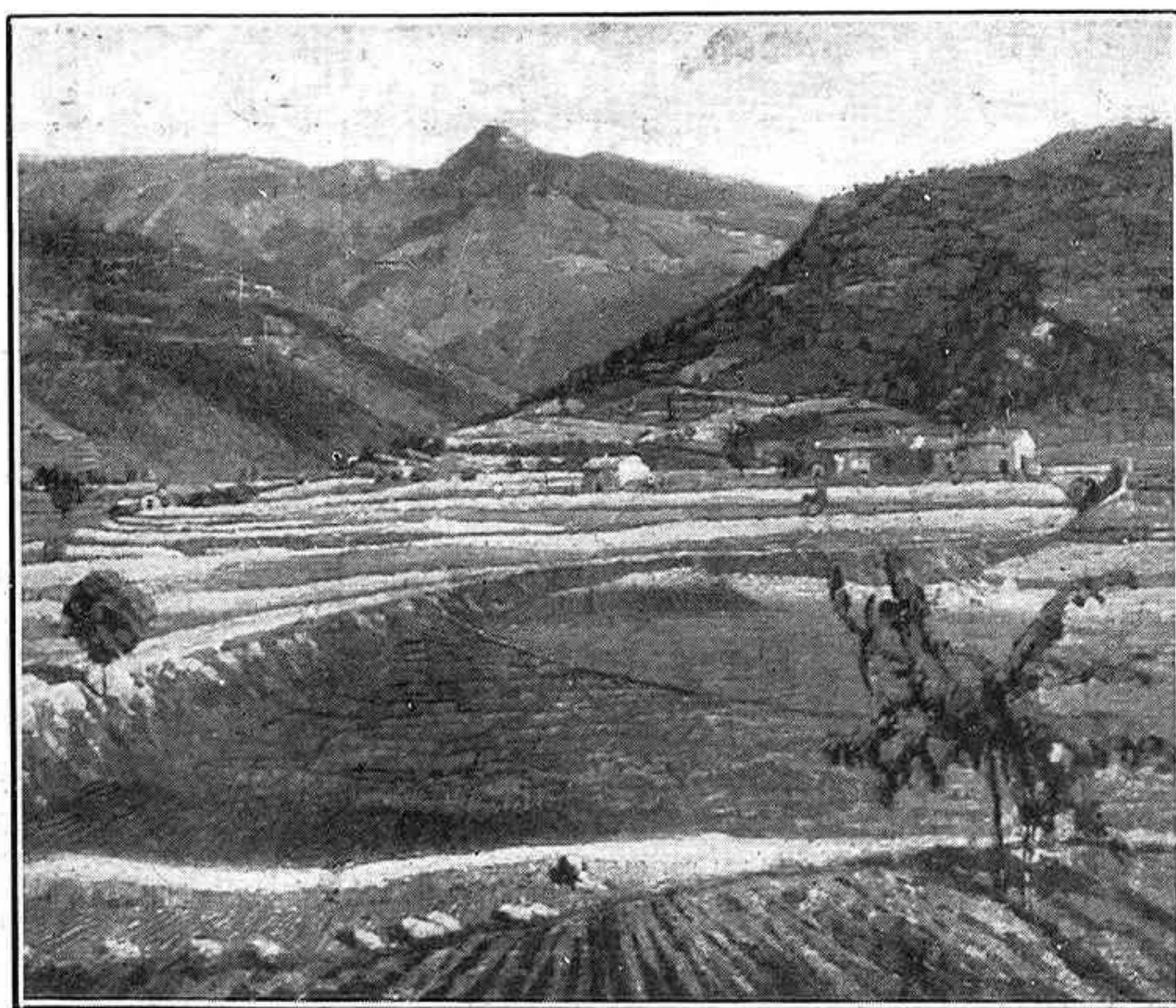


«La fuente», por Ramón Capmany





«La noria del tío», por Joaquín Mir



«Los trigos», por Francisco Labarta

da y un hálito vigoroso. Instalada con experiencia y competencia, la Exposición no perdía su virtualidad ni tenía esos pretextos de confusión que es frecuente hallar en las exhibiciones de carácter general.

No pueden contenerse dentro de los límites informativos de una crónica periodística los comentarios que habrá de sugerirnos este acontecimiento artístico. Sucesivamente iremos evocando cada una de las figuras salientes del Certamen. Hoy sólo nos limitamos á señalar algunos nombres y títulos:

Joaquín Mir da en *La noria del tío* esa sutil emoción de aire libre y corazón libre que tienen siempre sus paisajes incomparables. En Mir la Naturaleza se expresa con un lirismo que ningún otro paisajista logra pintar.

Canals, majestuoso y gracioso, empapado de tradición y al mismo tiempo con una eterna juvenilia fragante y cantarina. El retrato del cazador adolescente vuela sobre ejemplos museales; el retrato de la señorita Plandiura está granado de excelencias amables.

Nogués fija, con las diáfanos, con las fáciles composición y coloración de *Tarde de domingo*, su derecho á ser el más esencial, el más veraz y el más sensible intérprete de la vida, las costumbres y los idealismos de Cataluña. En él vemos ya lo que cada vez ha de completar: el intérprete supremo de lo que le rodea y de lo que esto le sugiere.

Domingo Carles tenía con dos paisajes—la marina fluida, exaltada, radiante de ímpetu—una «naturaleza en silencio» titulada *Frutos de Otoño*, rica de calidades, apasionada de cromatismos, complacida de voluptuosidad para los



LUIS PLANDIURA
Dibujo de Ramón Casas

matices. Francisco Galí exponía dos paisajes totalizados de emoción y de veracidad, especialmente el fechado en Abril. Pero su envío más considerable es el de la figura de una mujer con un niño en los brazos, aquella que por el

sentimentalismo interno, la serenidad externa, la firmeza del dibujo y la delicadeza del colorido, recordaré siempre en un hechizamiento delectoso.

Raurich, en sus dos lienzos, *Otoño* y *Crepúsculo*, entonaba su acento robusto, sugería su habitual esplendor y esa inconfundible sensualidad de los empastes, que es una de sus cualidades.

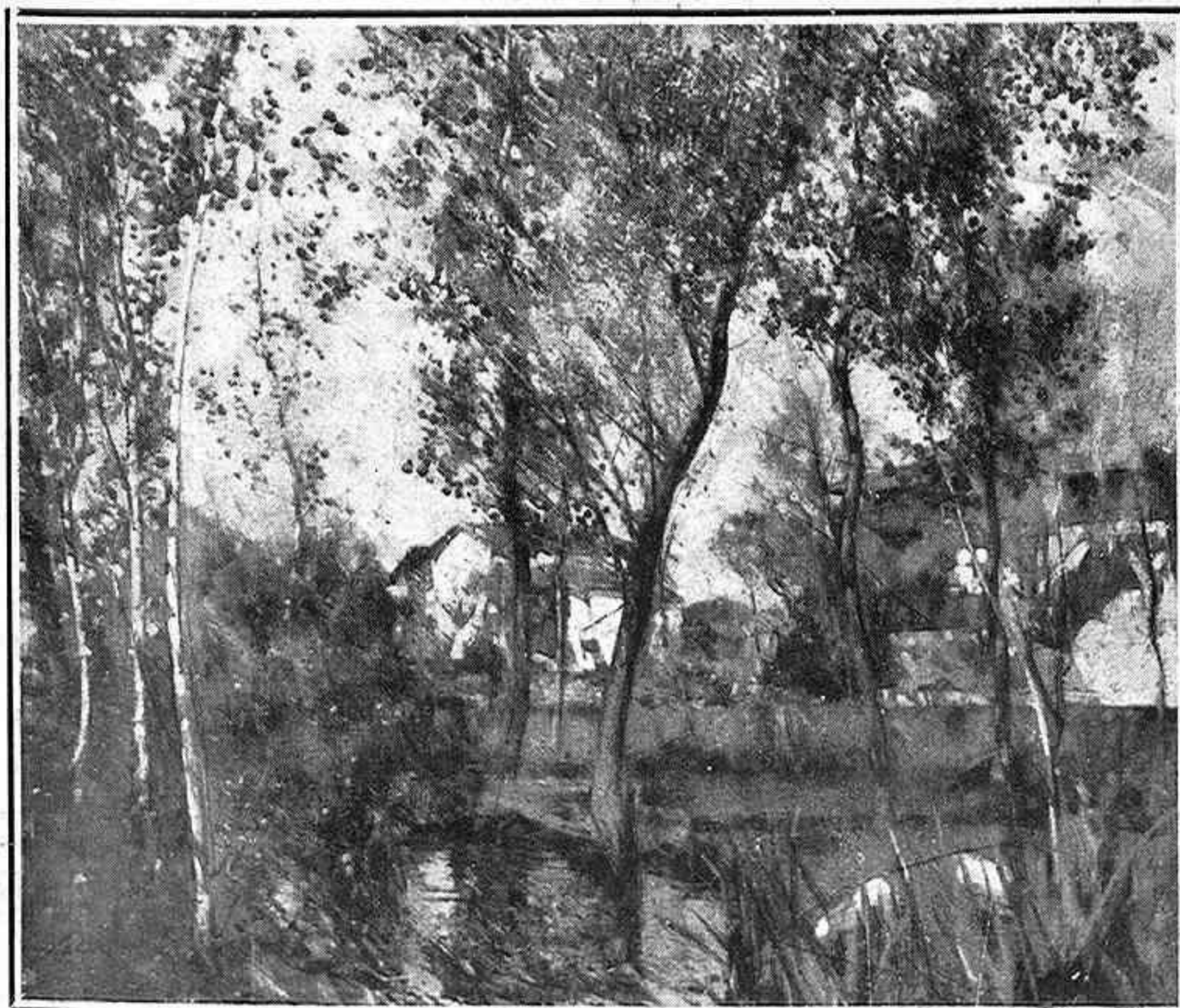
Competían con estos aciertos expresivos el paisaje *Los trigos*, de Labarta, construido de un modo firme y fragante; *Naturaleza muerta*, fuerte y denso, de Padilla; *Retrato*, de Vayreda; *Paisaje de Olot*, de Mallol; *Feria en Bourg Madame*, de Colom, que hacía pensar en la energía expresiva de Daumier; *Generalife*, de Rusiñol; *Paisaje cristiano*, de Juñer Vidal, el gran paisajista mallorquín, y el busto de mujer con manto negro, de Ramón Casas.

Pero sería injusto no mencionar, además, los paisajes de Ivo Pascual y de Meifrén y de Galvey; las notas delicadas, trémulas de ternura, de Durán y Camps; los dos lienzos de Ramón Capmany, ungidos de porvenir; el *Retrato*, de Suñer; el paisaje de Humbert; la atrevida composición de monumentalidad escultórica de Togores; los paisajes urbanos, un poco fríos, de Mercadé, y tantos otros como figuraban en esta Exposición excepcional, y de los que hablaremos con mayor detenimiento.

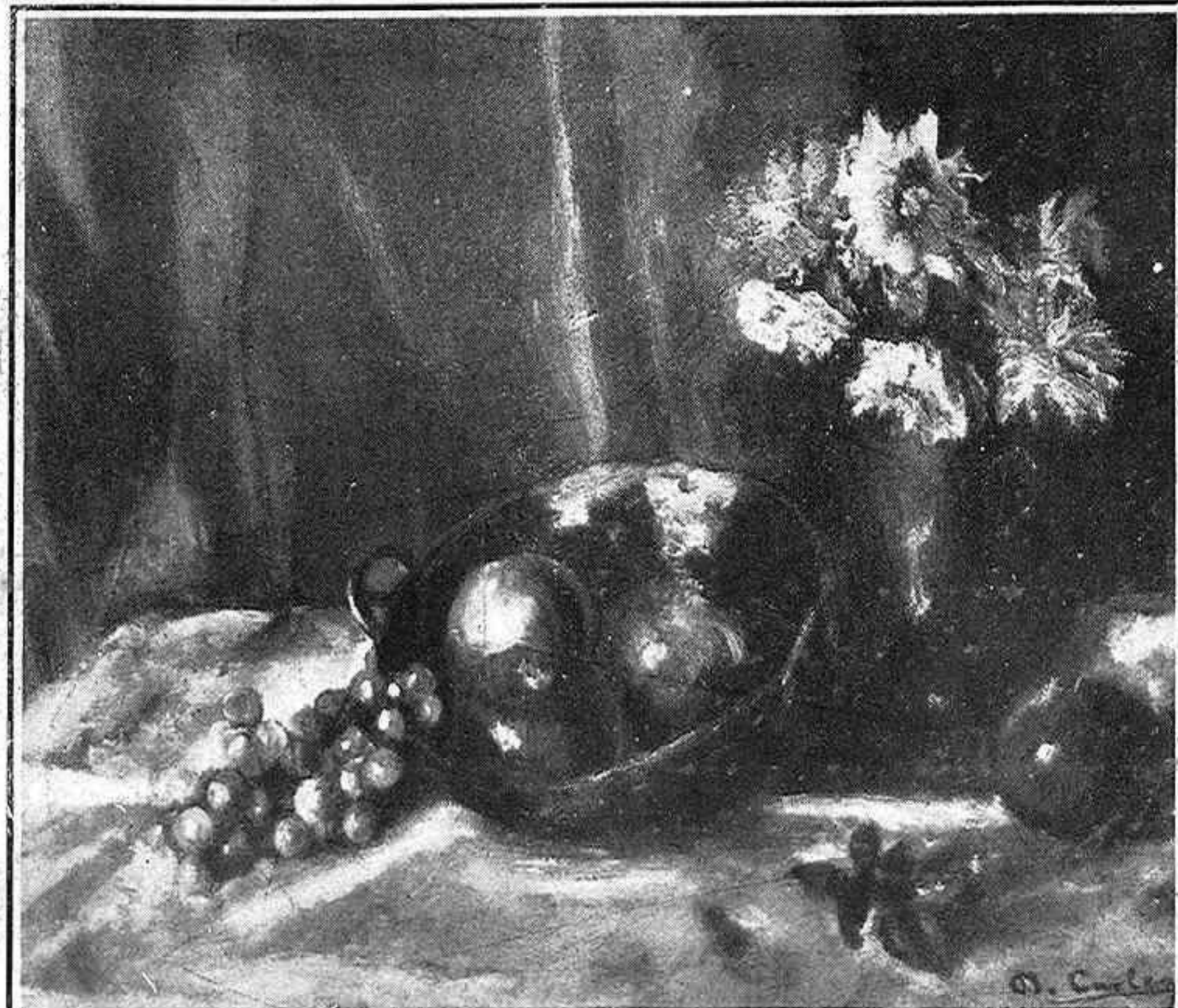
El Sr. Plandiura supo agradecer el esfuerzo de los artistas concurrentes y aumentó hasta doce el número de las adquisiciones, limitadas á cinco en la convocatoria.

José FRANCES

Barcelona, Enero.



«Paisaje de Olot», por Ignació Mallol



«Frutas de Otoño», por D. Carles

EL AMIGO DE LA MUJER

HE aquí al perro que ha cambiado de predilección y, siguiendo la moda, ha reconocido todas las excelencias que puede proporcionarle el ser compañero inseparable de la mujer; y abandonando el dictado de «amigo del hombre», se ha hecho el «amigo de la mujer», para lo que ustedes gusten mandarle.

Una vez más queda demostrado que los canes tienen buen olfato, y así lo justifica el cambio de frente que en su vida particular, aunque perruna, ha dado.

Una verdadera elegante necesita tener varias cosas que lucir en los paseos matinales, y entre ellas, y muy por delante del adorador, figura un perro, no pudiendo considerarse como verdadera *femme chic* a la que no puede presentar a sus amistades a *Levi*, a *César* ó a *Encanto*, y llamar la atención por esas calles tanto por su belleza como por la clase de acompañante que se ha echado.

Ved a la mujercita *chic* preocupada, en su casa, ante la indecisión de la *toilette*; y cuando su cabecita loca ha encontrado el vestido que precisamente necesitaba, se hace llevar el perro, le acaricia, le adula y lanzándose con él al aire libre, sale orgullosa y conquistadora, estando a punto de parodiar aquella célebre frase regia «el tiempo y yo contra otros dos»; ella suele pensar: el perro y yo contra todo el mundo.

Vedla marchar por las avenidas de la Castellana, erguida, majestuosa, señoril, dejando que los transeúntes la admiren al pasar y que las otras mujeres que con ella se cruzan, y que en vez de perro llevan una *miss*, digan: «Esta siempre tan original, tan extravagante.» Secreta é íntima venganza que dan al golpe de envidia que sintieron hacia la otra, por comprender que una señora de compañía, pertenezca a

la nacionalidad que sea, es género *demodé*, mientras que un perro es algo nuevo y *chic* que determina la personalidad del dueño.

En la renovación de usos y costumbres que recientemente se ha desperdigado por el orbe entero, no son las mujeres las que más reacias se han mostrado a desechar las antiguas prácticas y afrontar las nuevas. Aquellas mismas muchachas que no hace muchos años no hubieran dado un solo paso fuera de puertas domésticas en su correspondiente guardia de honor servida por familiares, no vacilan ahora en lanzarse a las más atrevidas excursiones ambulatorias con la sola compañía del «amigo de la mujer». Esto es una conquista de los tiempos que debe ser registrada con el debido alborozo y mirada con la debida simpatía alentadora para que no termine aquí el avance hacia la redención completa de la belleza femenina.

«Dadme un punto de apoyo, y moveré el mundo», dijo Arquímedes, y nuestras elegantes de ahora no solicitan tanto, pues les basta con solicitar un perro, que, puesto a su lado, sea la palanca con que también han de producir trastornos, ya que el sexo contrario ha de ver en el fiel acompañante de la mujer adinerada al guardador de su seriedad y, lo que es mejor aún, al servidor callado y hermético, que no ha de ir luego chismorreando ni haciendo comentarios sobre las aventuras en que se meta su dueña.

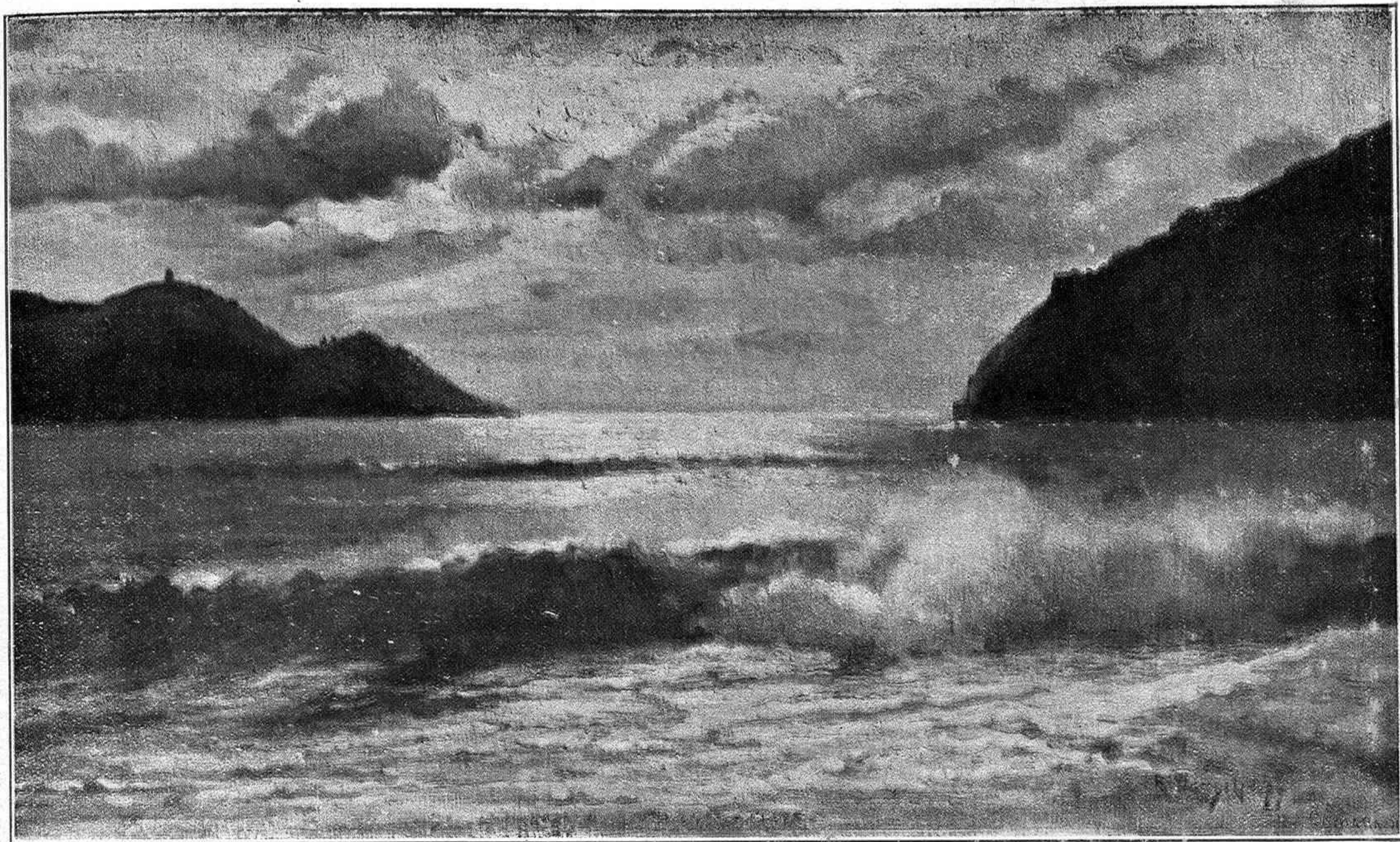
Si ahondamos un poco en el alma femenina, puede que, como Don Quijote y Sancho fueron a dar de bruces en las tapias del cementerio, nosotros encontremos el secreto de por qué el acompañante favorito sea en la actualidad un perro; pero reservemos nuestro juicio, ya que éste se basa precisamente en la reserva ajena. De un ser de dos patas puede temerse una revelación comprometedoras; de estos otros de doble número de extremidades andariegas, no. Como perros, son fieles, pero también son callados, y esta es una virtud que ha sabido apreciarse en su justo valor.

A. R. BONNAT

DIBUJO DE GIL DE VICARIO

GIL-DE-VICARIO
911

LA ESFERA
CUADROS ESPAÑOLES



«San Sebastián», cuadro original de Ricardo Verdugo Landi

PAISAJES Y FIGURAS

EL PERRO Y LA CADENA

Conozco una casita, hecha para aldeanos, pero ya hoy desbastada y pulida—casi urbana—, donde, por resabios que corregirá el tiempo, las comodidades de la civilización ofrecen formas discolas y excesivamente personales. El agua rompe las cañerías antes de salir por sus grifos; la luz eléctrica luce ó no luce, entre chispazos y sorpresas; la chimenea—sobre todo la chimenea—distingue de vientos y no tira sino cuando llegan los que á ella le gustan. Como el humo no puede esperar, busca las ventanas, rastrea, invade la galería; pero va muy despacio, y el ácido carbónico envenena todas las habitaciones.

Tiene, además, grandes goteras que vienen del desván ó camarote. Y algunas grietas.

Esta casita resiste muy bien el Noroeste, y lo más que hace es rechinar, gemir las noches duras en que el monte pasa un temporal lo mismo que el mar. Entonces, si os asomáis á cualquier hueco, y mejor aún al resguardo de la escalerilla exterior—que es como la cabina de cristales del capitán en lo alto del puente—, os parecerá que váis navegando con mar de proa, tanto, que al otro día os causará asombro comprobar que la casita no se ha movido de su sitio y sigue firme sobre sus cimientos.

Es tan alegre y tan pequeña como un balandro. La pintura de las maderas, verde bronce y almagro—pintura de barco—, no ha tenido tiempo de envejecer. El encalado es de este año. Y, en suma, se sostiene con bastante decoro en lo alto de la colina, con su tejado saledizo, en dos planos que respetan la inclinación tradicional, y su arco á la entrada del zaguante reproduciendo en miniatura el tipo clásico que, según frase del lado allá del Pirineo, viene á ser como la rubrica del paisaje vasco.

Tiene la casita un jardín, un huerto y una huerta. Por entre los frutales pasa y vuelve á pasar el ama, vestida de negro, con un pañuelo negro á la cabeza. Pasa cautelosa y vigilante, y más de una vez la vemos trabajando la tierra. Pero yo escribí en tiempos la historia de «Sintiya, atada al naranjo», para ilustrar con su estampa noble, fina raza, un paisaje al pie de la sierra de Córdoba. «Sintiya» es un perro que vive feliz á la sombra del árbol maravilloso ó dejándose dorar á fuego bajo el reverbero del sol en los racimos de naranjas que guarda. Así es que al ver dentro de este país de acuarela otro perro dormitando al sol, le envidie también la paz de que goza. Anda entre gentes serias, de pocas palabras, de honradez á toda prueba. Puede ir por los caminitos más pintorescos del mundo, inaccesibles al automóvil, y que van á dar todos á casas donde no falta el pan.

Así pensé. El perro entonces me miró á los ojos, y alzando el hocico me reprendió con un ladrido largo, muy agudo.

Yo habré oído ladrar así á los perros en otra parte. ¿Dónde? ¿Dónde? En Bruselas, en las calles empinadas de la ciudad vieja. Ladrar así, casi aullando, los perros que arrastran el carrito de la lechera, de la verdulera, del petrolero, sobre todo al subir las cuestas, si el amo les obliga demasiado con la voz ó con el látigo. Ladrar como no ladrar los demás perros..., porque los demás perros no trabajan uncidos, es decir, no están forzados á soportar un destino contrario á su naturaleza. Quizá los perros de trineo que enganchan los esquimales en largas traillas, los perros valientes sin los cuales no podemos concebir que nadie llegue al Polo, ladren de la misma manera. Perro de labor, perro jornalero, proletario...

Pero este que dormita durante largas horas á la puerta de su cabaña, ¿por qué tiene el ladrido tan airado?

¡Oh! Amigos míos, lectores imaginativos, y, por tanto, efusivos como yo, ¡es necesario enterarse bien antes de envidiar á ningún hombre ó á ningún perro! Este que véis aquí, si os asomáis al lindero del huerto, está atado desde muy pequeño á esa barra con esa cadena. Día y noche está atado y no le han soltado jamás. Un día, un mes, un año; todos los días, de todos los meses, de todos los años, ese perrito está atado.

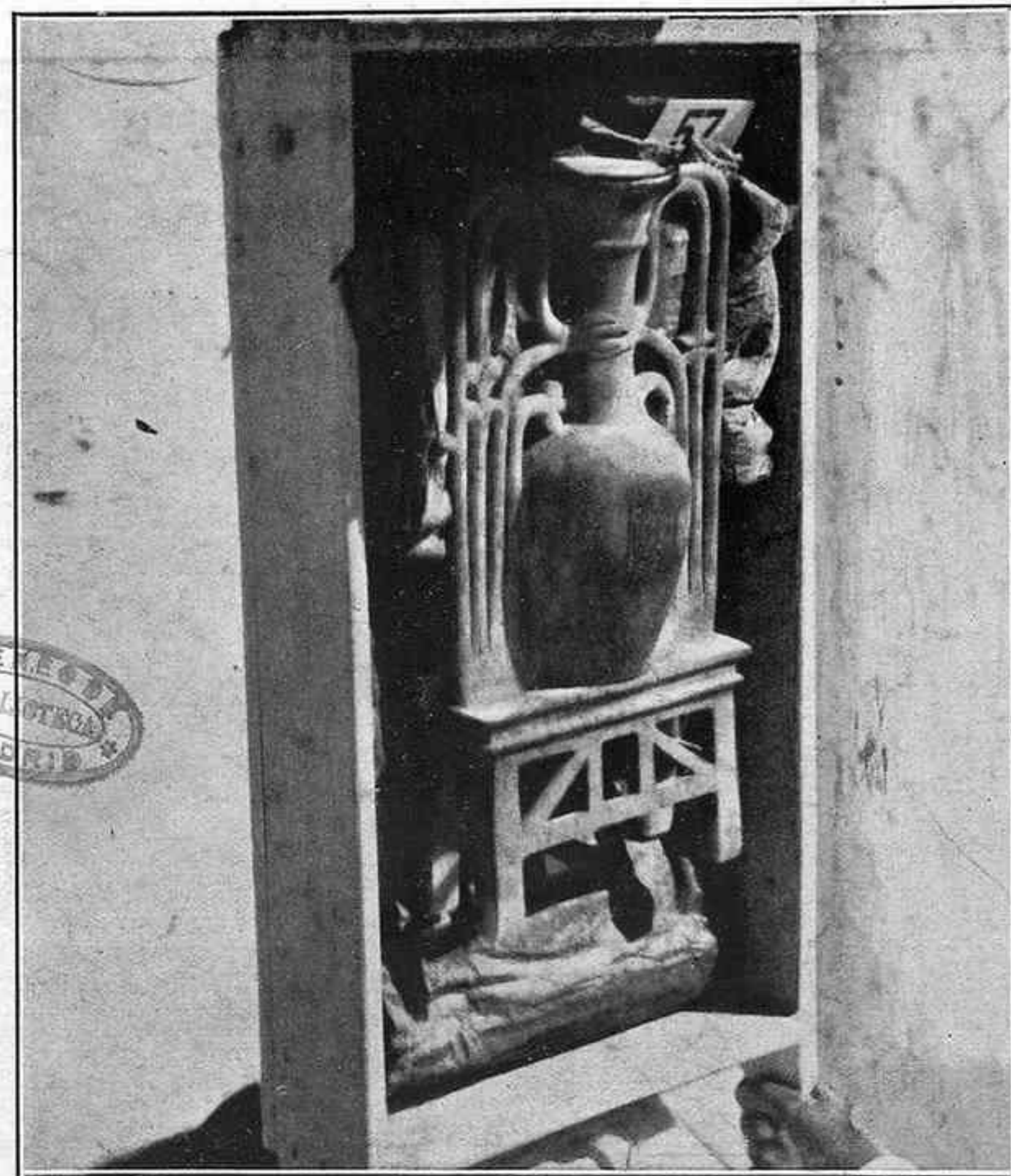
Yo pregunto, naturalmente: ¿Por qué no le sueltan? Como no basta preguntar, intercedo por él. Unas horas al día el perro podrá ir y venir, seguir esos caminos y llegar por lo menos hasta la vía del tren. Pero la dificultad es muy grave.

—Un perro que ande suelto, señor, paga contribución.

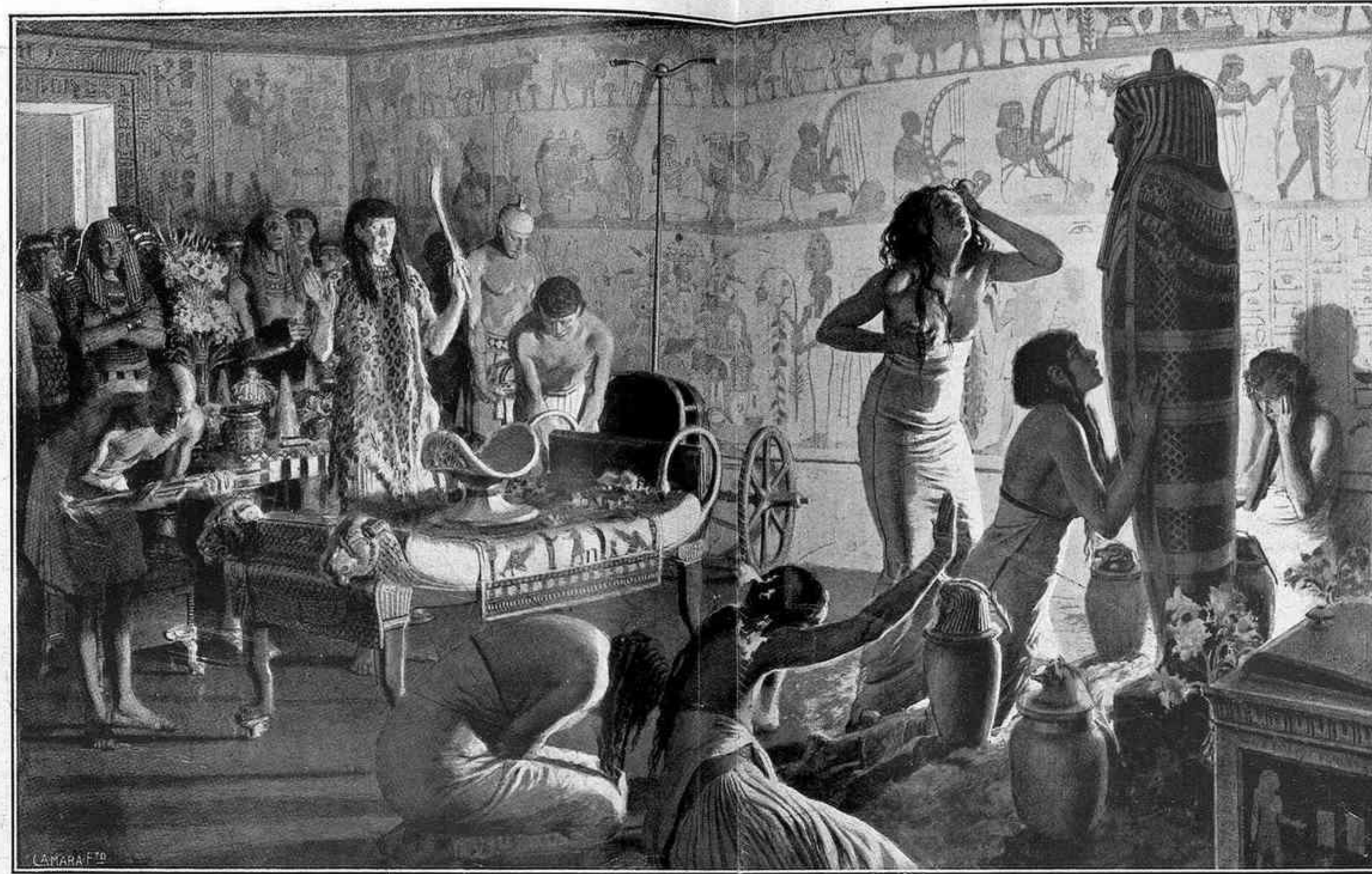
He cometido la imprudencia en estas líneas de decir por qué está atado siempre, y estará siempre desde que nació hasta que se muera, este perro de granja, y noto que ante la terrible sequedad aldeana, todo el perfume campesino de mi paisaje se desvanece. Es verdad. Un perro que no esté siempre atado paga contribución. La razón es tan fuerte que no admite respuesta. Si yo dijera: «Páguela usted», sería igualmente inútil que si dijera: «No tenga usted perro», puesto que se trata de tener un perro sin pagar nada. Por eso le he mirado con desconsuelo como á un esclavo y he ido á verle todos los días y he escrito su vida—que ya leeréis—con el título de «Fábula del perro y la cadena».

Luis BELLO

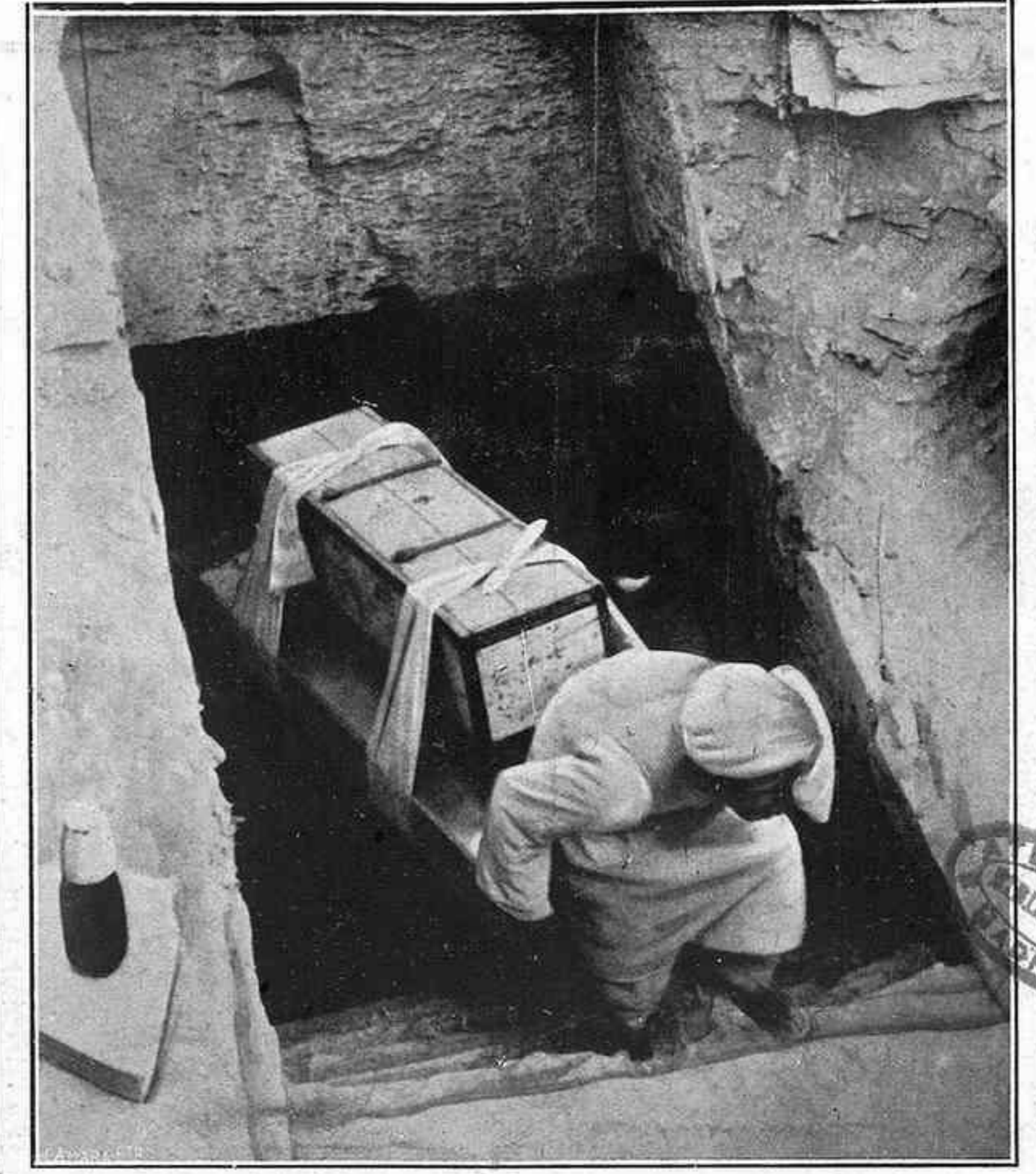
El maravilloso hallazgo arqueológico del Valle de los Reyes, en Egipto



Anfora de alabastro hallada en la tumba de Tutankhamen, en Egipto, y que consideran los arqueólogos como el ejemplar más perfecto del mundo antiguo



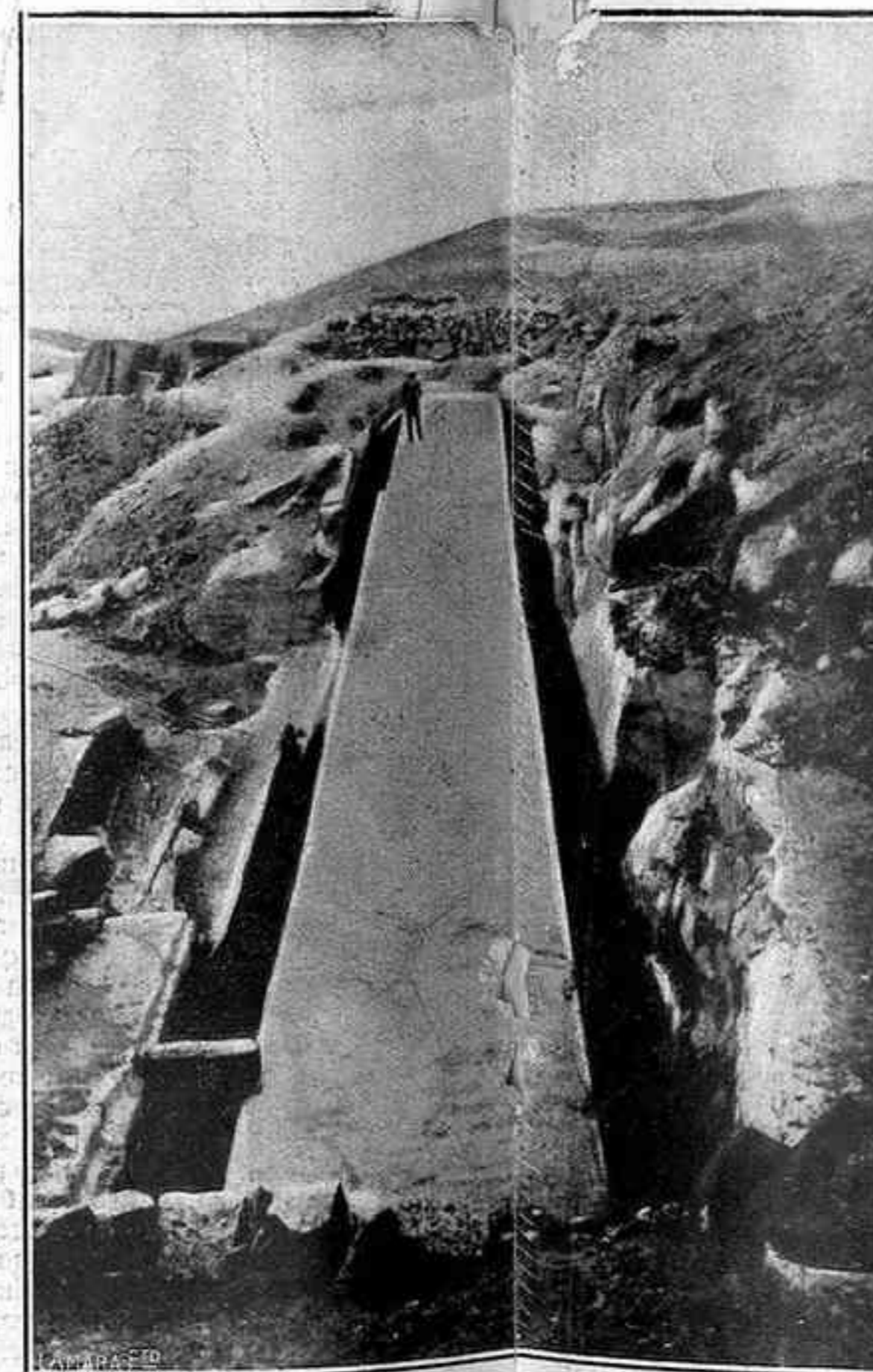
Reconstitución de unos funerales egipcios en la época del Rey Tutankhamen, artísticamente llevada a cabo por el gran dibujante inglés Matania. Las plañideras lamentan la muerte del Monarca, ante la caja que contiene su cuerpo embalsamado, mientras los sacerdotes entonan las preces rituales



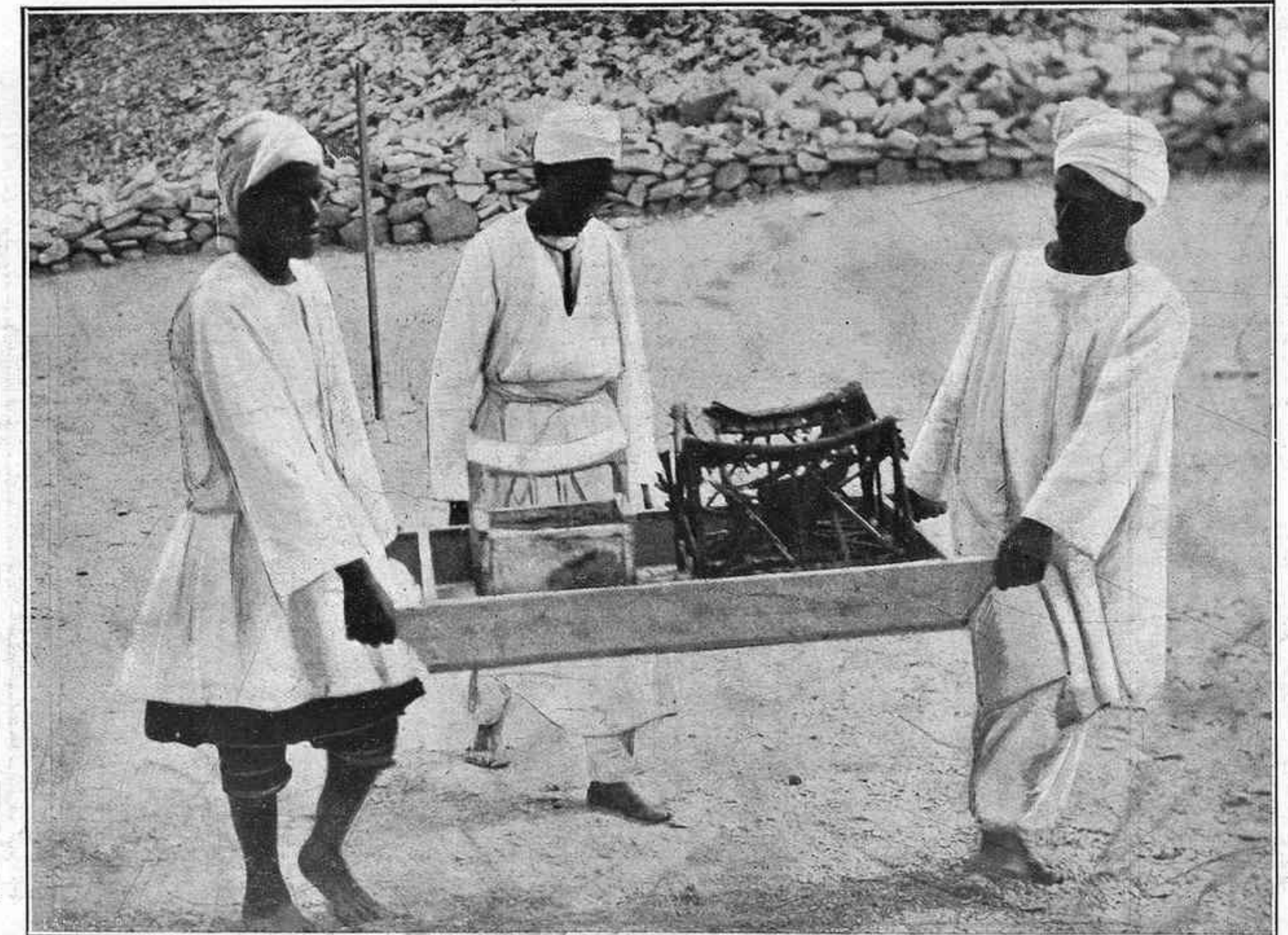
Momento de ser extraída de la cámara sepulcral de Tutankhamen una caja de ébano conteniendo los cetros del Faraón y sus ricas vestiduras de ceremonia



El trono del Rey Tutankhamen, una de las más valiosas joyas arqueológicas exhumadas en Luxor



Obelisco de cuarenta metros de altura, descubierto en las excavaciones que dieron por resultado el hallazgo de los tesoros de Tutankhamen



Dos escabeles de ébano, recubiertos de láminas de oro, que fueron hallados en una de las cámaras sepulcrales de Luxor

LA ESFERA
JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



SANTA BÁRBARA LEYENDO, cuadro de Flemalle

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



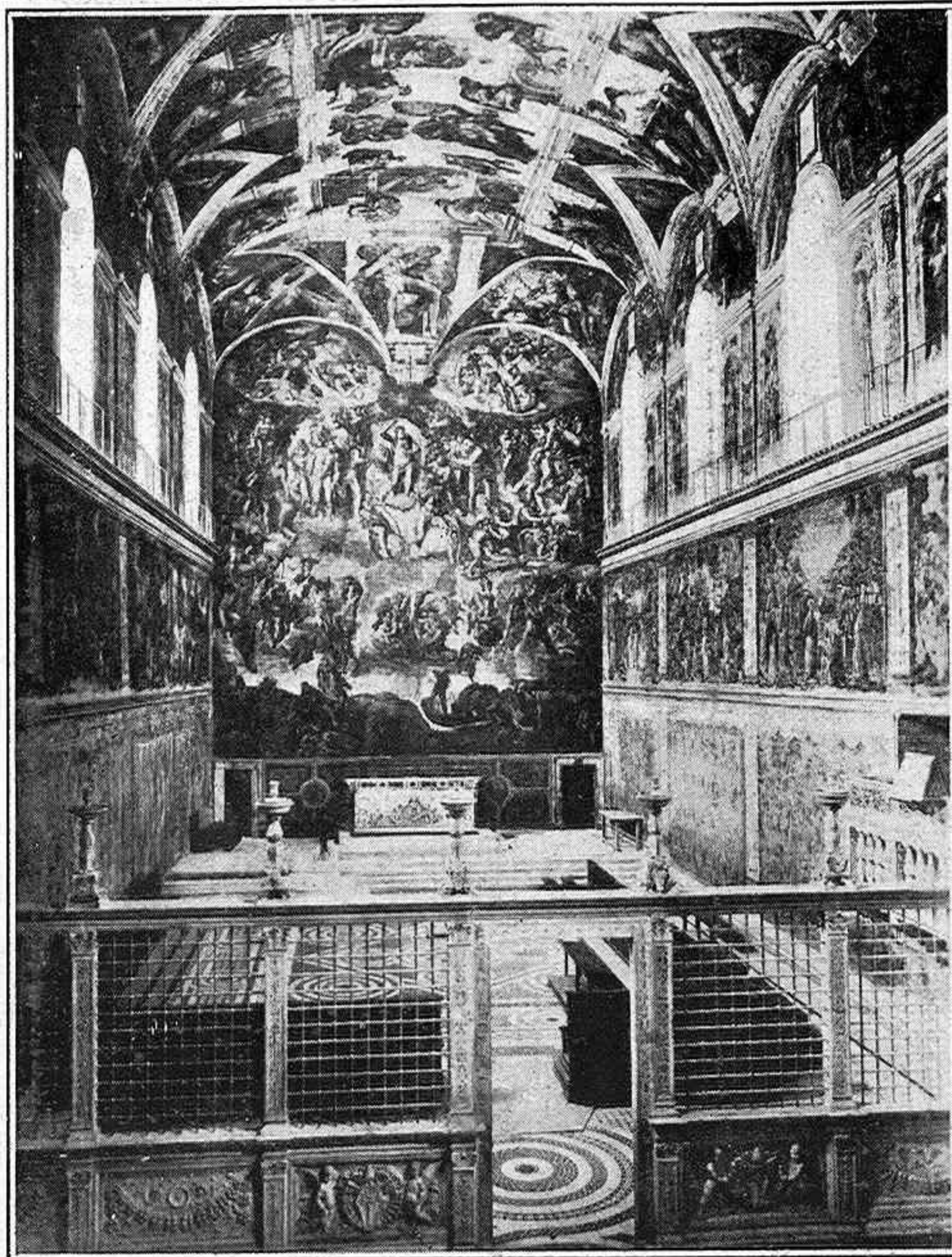
TERES DE
EL ROTERO
ORIP

Hermosa fachada principal de la Catedral de León

FOT. VINOCIO

CÁMARA FOTO

MI PASO POR EUROPA
LA SOLEDAD DE LOS VIEJOS PALACIOS



La Capilla Sixtina



Biblioteca del Palacio del Vaticano

Al muy ilustre señor don Javier Vales Failde, á quien hago homenaje con la pobreza de estas líneas.

UNA espléndida tarde de otoño meditaba yo por aquellos solitarios jardines de la «Villa Médicis», y veía allá lejos, esbozada en la lejanía, la gran cúpula de San Pedro envuelta entre purpúreos celajes y entre nubes levemente teñidas de obscuridad.

En un instante me pareció ver, cual en mágica cabalgata de la Historia, el desfile de cien generaciones rodadas al abismo de lo que fué. Veía aquellas fastuosidades del Asia dándose la mano con Africa por el Istmo de Suez. Aquellas maravillas del Imperio chino, de la India y la Persia, la Arabia y la asiática Turquía. Me parecía escuchar el orgulloso canto de los egipcios, que pregonaban su antigüedad de treinta y cuatro mil años, y cual en vista caleidoscópica, divisaba allá el desierto de China, regado con sangre de mártires, y su enorme muralla, con cuyos materiales podría fabricarse un muro de doce pies de altura y cuatro de espesor que diera la vuelta al Globo. Veía llegar á Europa, para ostentación humana, el papiro egipcio, el oro arábigo afiligranado y la plata bruñida del Cáucaso. La rica lana de Cachemira y el algodón de la Siria, el mármol y el pórfido del Himalaya y las perlas del Golfo Pérsico.

Al desfile de riquezas, creía ver el paso de mil luchas, desde Averroes hasta Mahoma, desde el panteísmo resucitado por Hegel, revolviendo los sepulcros de la India, á Leibnitz predicando su armonía prestablecida, á Malebranche con sus causas ocasionales y á Lok con su influjo físico. Luego era la Edad Media, época en que más se pensó en guerras, ofreciendo á la Cristiandad sabios como Gerberto, Raimundo Lulio y Alcuino. Ni á un descendiente de los Médicis, León X, amparando aquel Renacimiento de Bacon en el siglo XIII y alumbrando después al mundo el arte de Angélico, en el XIV. Pensaba en Pitágoras, que novecientos años después de Moisés y cuatrocientos de Salomón sostenía con los profetas israelitas su teoría sobre la redondez de la tierra, bebiendo en sus viajes al Oriente las nociones filosófico-panteístas, en la India, y sus creencias cientí-

ficocsmogónicas, en Caldea. Una fastuosa cabalgata de todos los siglos parecía desfilarse ante mí y hablarme de su muerte, mirando desde «Villa Médicis» la espléndida Silla del Pescador. ¡Y qué queda de toda aquella soberanía humana! Mirad ese veneciano «Puente de los Suspiros», que tiene una leyenda falsa, de que en él se leía la sentencia á los presos políticos, cuando data de fines del siglo XVI, y en esta época ya no se perseguía en Venecia. No obstante, las descripciones de Dickens nos horrorizan, como nos encantan las estrofas de Byron. Y, sin embargo, sus canales de silencio y misterio, como los de Brujas, en el lago del Amor y en la Puerta de Ostende, nos hablan de aquellas épocas de los Dux, épocas de odios y de luchas, hasta llegar á ser hoy ciudad de poesía y encanto.

Ved ese palacio de Holyrood, en Escocia; al momento las admirables páginas de Coloma nos relatan el amargo éxodo de María Estuardo. Yo he sentido una emoción profunda cuando en la Abadía de Westminster, en Londres, vi su sepulcro, y aquí, en su palacio, sus habitaciones, que he contemplado con venerando recuerdo. Decid á ese monte llamado «Silla de Arturo» cuáles han sido las amarguras de la perseguida por Isabel de Inglaterra, y él podrá decirnos que tantos años como vivió, años de martirio y de espinosas sendas, sin que al poner su cabeza en el tajo dijese lo que su inicu prima: «¡El tiempo! Cuarenta y cinco años he reinado, mas cuarenta y cinco años son un momento.»

Contemplad la soledad del alcázar de Fontainebleau, el teatro de las grandezas de Napoleón hasta la trágica mañana de 1815. Y esa soberanía del palacio de Versalles, donde el lujo y el vicio se hicieron hermanos, hasta que el espectro de la guillotina parecía alzarse en sus maravillosos jardines. Penetrad en esa «Galería de las Batallas», de ciento treinta y cinco metros de longitud, fundada por Luis Felipe, y recordad todas las fastuosidades borbónicas, que perecieron en aquella mañana del 6 de Octubre del 89, cuando desde la cámara mortuoria de Luis XIV, el rey que sostenía en su corte á Molière, como Filippo mantenía en la suya á Aristóteles y Carlos V á Garcilaso, trataba su viuda, acompañada del Delfín y de

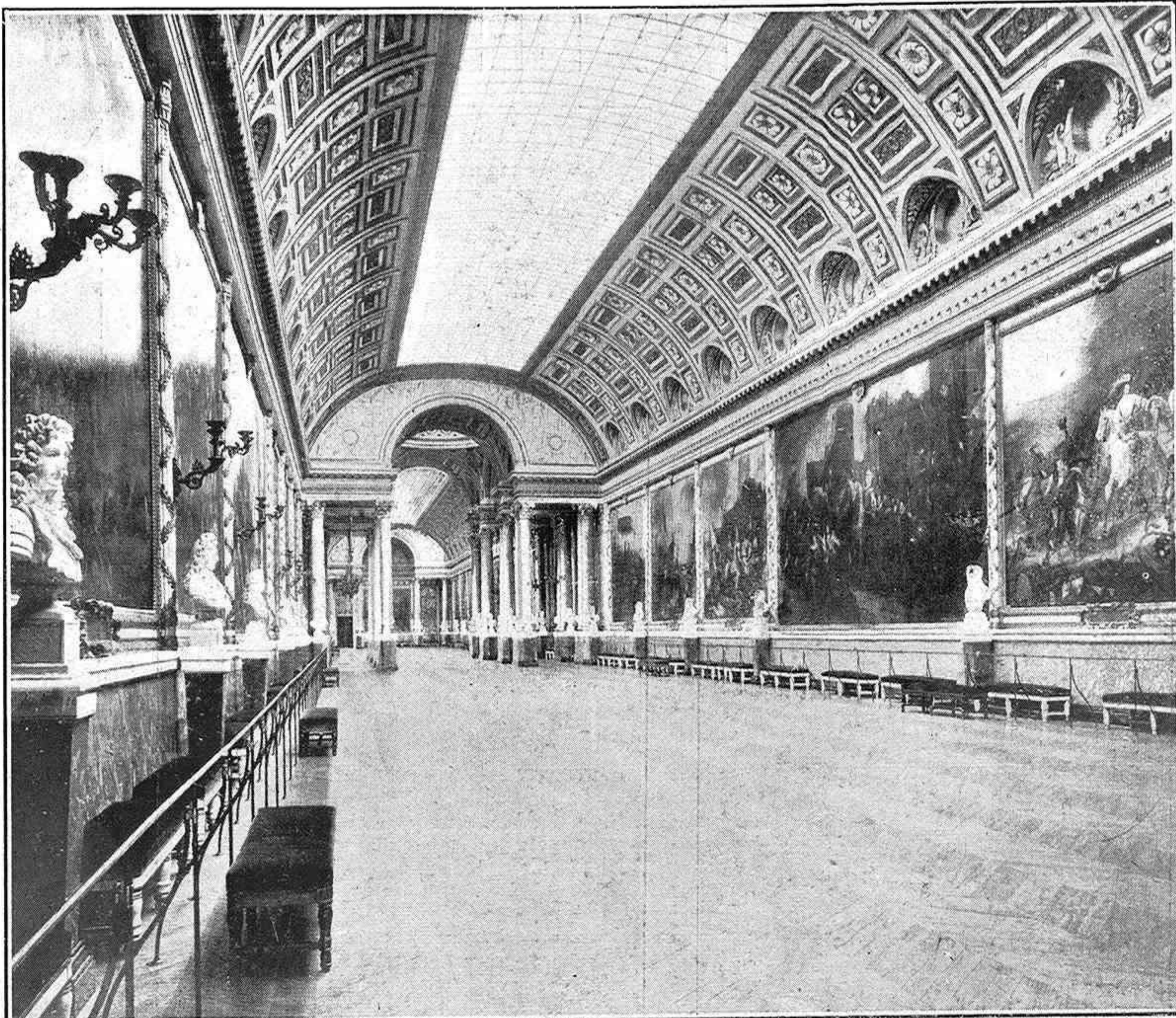


El Puente de los Suspiros.—Venecia

Lafayette, de calmar al pueblo. Mirad allá, en la romántica Viena, cerca de las «Ringstrassen»: entre los dos soberbios palacios-museos, álzase la magnífica estatua de la Emperatriz María Teresa, la reina modelo, por quien decían sus nobles húngaros: «Moriamur pro rege nostro.» ¡Ya no queda nada de aquella grandeza! Están solitarios los salones de Schoenbrun, donde la gran Reina se preocupaba hasta de su sepulcro humilde en los Capuchinos, y por su parque de ochocientas mil toesas; parécenos ver al hijo de Leticia Ramolino bien distante de pensar en Santa Helena.

He ahí el soberbio conjunto del Kremlin, coronado de cúpulas y colmado de insoñadas riquezas, donde las fastuosidades más acabadas tenían su asiento, donde el gran Alejandro daba un banquete al famoso embajador de Bonaparte, en el cual sólo un plato con cinco peras costó ciento veinticinco luises. ¡Todo ha pasado! ¡Ya apenas si queda el recuerdo de tanta grandeza en nuestro siglo! Todo nos habla de muerte, de olvido, porque en esta tierra de tránsito nada es estable, nada es duradero, como la luz, irradiando esplendorosa en la mañana y muriendo en el horizonte entre pinceladas encendidas. Que todo pasa y fenece, desde aquel Imperio de la China con sus treinta y dos emperadores de la quinta dinastía, hasta que caiga vencido por los años el magnífico puente de Brooklyn, en los Estados Unidos, como Roma nos enseña las mellas y las caries del Coliseo.

En toda esta transitoria grandeza pensaba yo, mirando allá lejos, ya casi estumada en las sombras la gran cúpula de San Pedro; y al mirar la excelsa visión del Rabí, al mirar el soberano trono de la Cruz, bendigo con el salmista la culpa que nos diera tal dechado de amor.



«Galería de las Batallas», de Versalles

El nos ha dado la Ciencia, desde la bacteriología hasta la lente de los quince mil diámetros; desde la filosofía experimental hasta la fisiología comparada. En Arte, desde el pincel de Murillo al cincel de Bellini;

pero nos ha dado otra ley, otra ley de todos los compendios, una ley que puso en la mano de Miguel Angel la paleta, cuya gama de colores, al trocarse en espléndida policromía, cuájase de maravillas esa soberana fundación de Sixto IV, y puso miles y miles de volúmenes en esa Biblioteca Vaticana.

Es la ley del Amor, una ley que ha vivido y vivirá más que las murallas de Jerusalén y las Pirámides alejandrinas.

No mirad ya á los solitarios palacios del mundo, porque todo es ruina y muerte, desde el Inca hasta la última jerarquía, que se desmorona en el vacío. No mirad más que esa bendita ley: «¡Amaos!...» La más sublime ley que ha vivido y vivirá hasta que el mundo se destroce.

¡Pobre cabalgata de las grandezas humanas! Sé humilde como esas aves felices, saturadas de aire y de sol.

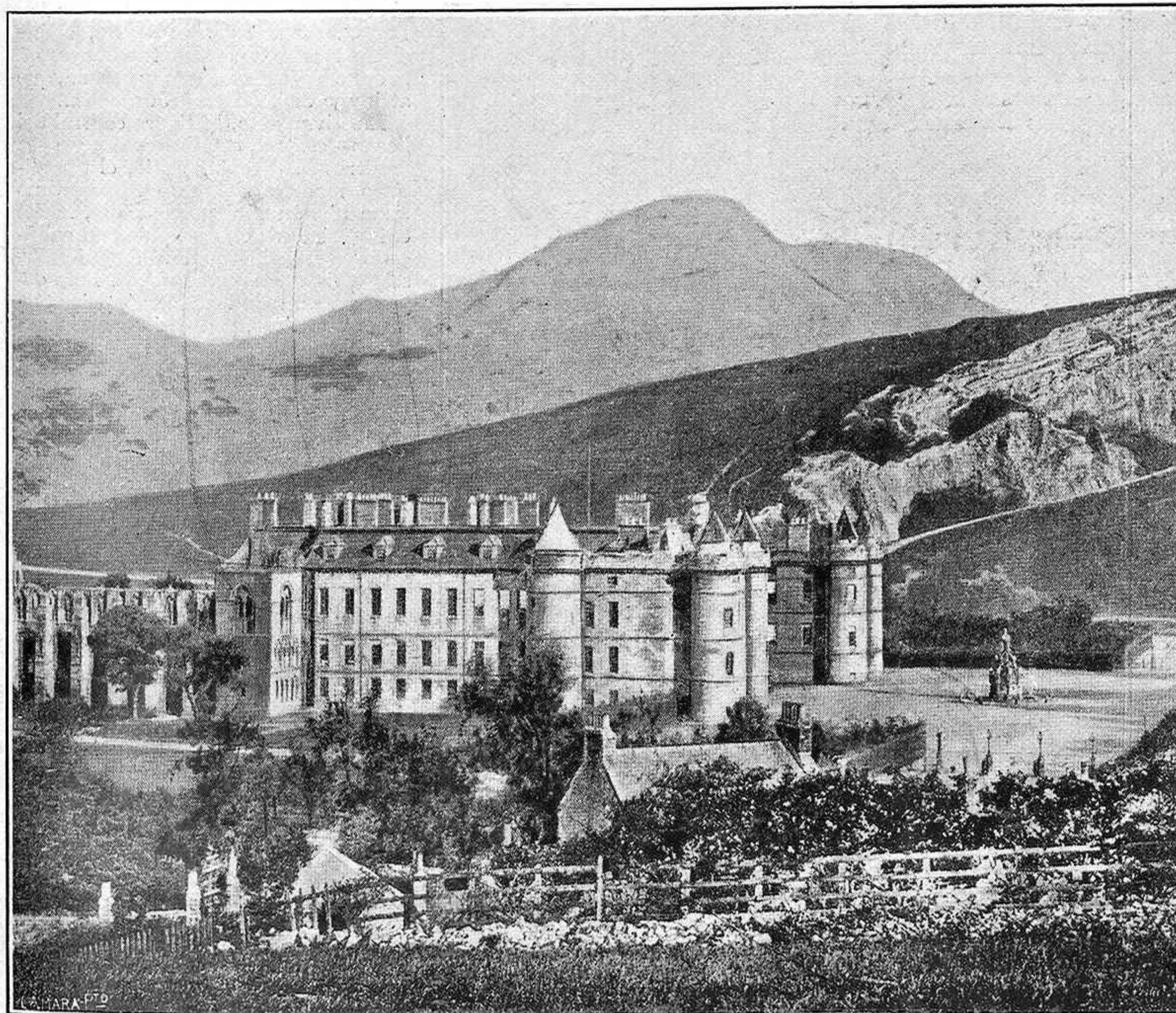
Sé soberbio ante el mal cual el león hostigado, y olvidando fastuosidades y polvos de argento, que deshace en el horizonte el vendaval de los desengaños, escribe en el frontis de la Historia del Universo el sublime panegirico de amor, el emblema de salvación y dicha, ese sentimiento grandioso como una puesta de sol en las Antillas.

Y con el oro de la grandeza de tus acciones diseña en el curso de los siglos aquel sublime canto de Larmig:

«Amor que siempre acrece y nunca muere,
Iluvia que alegra el prado y no lo anega,
mano que siempre cura y nunca hiera!»

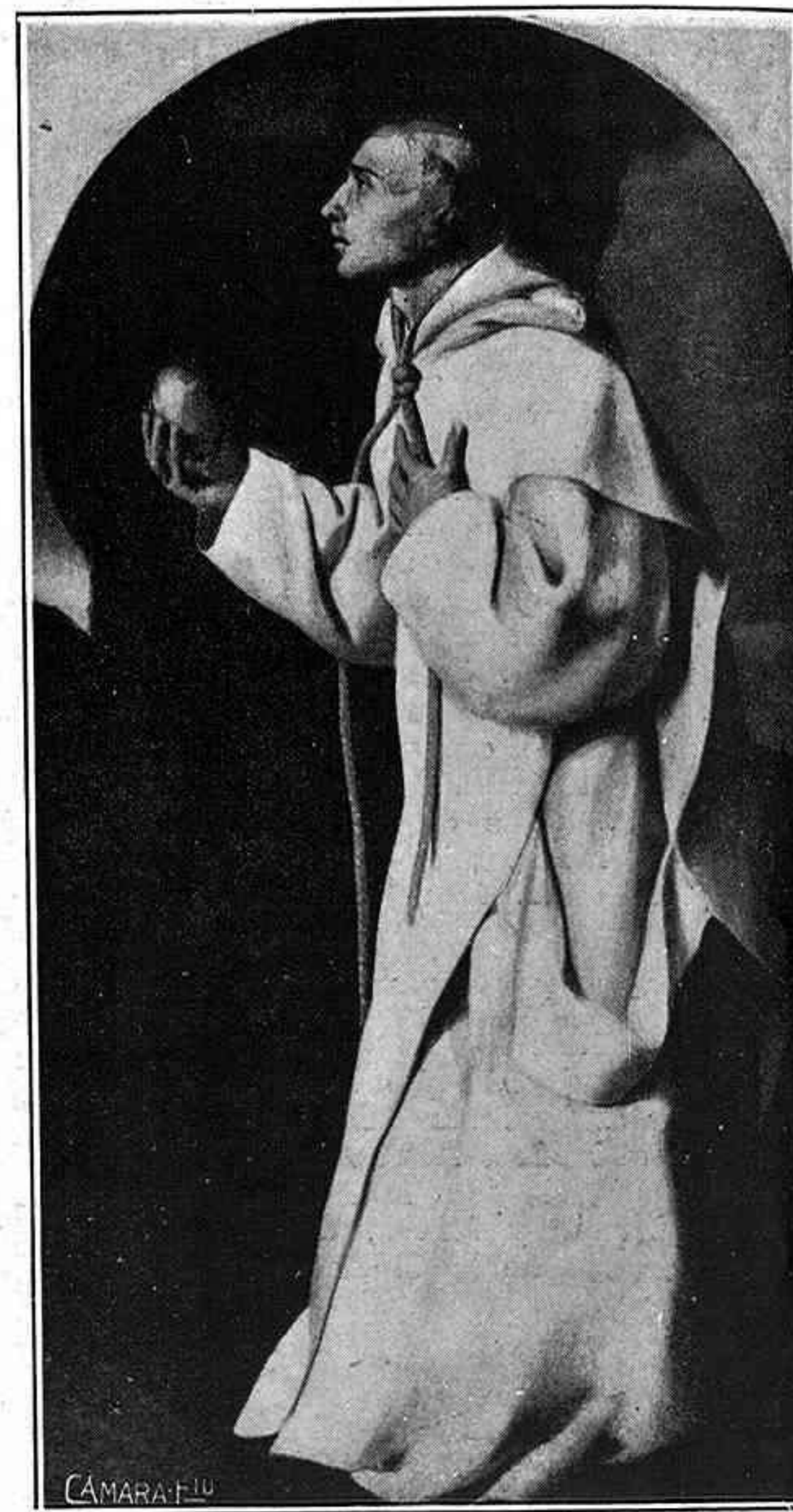
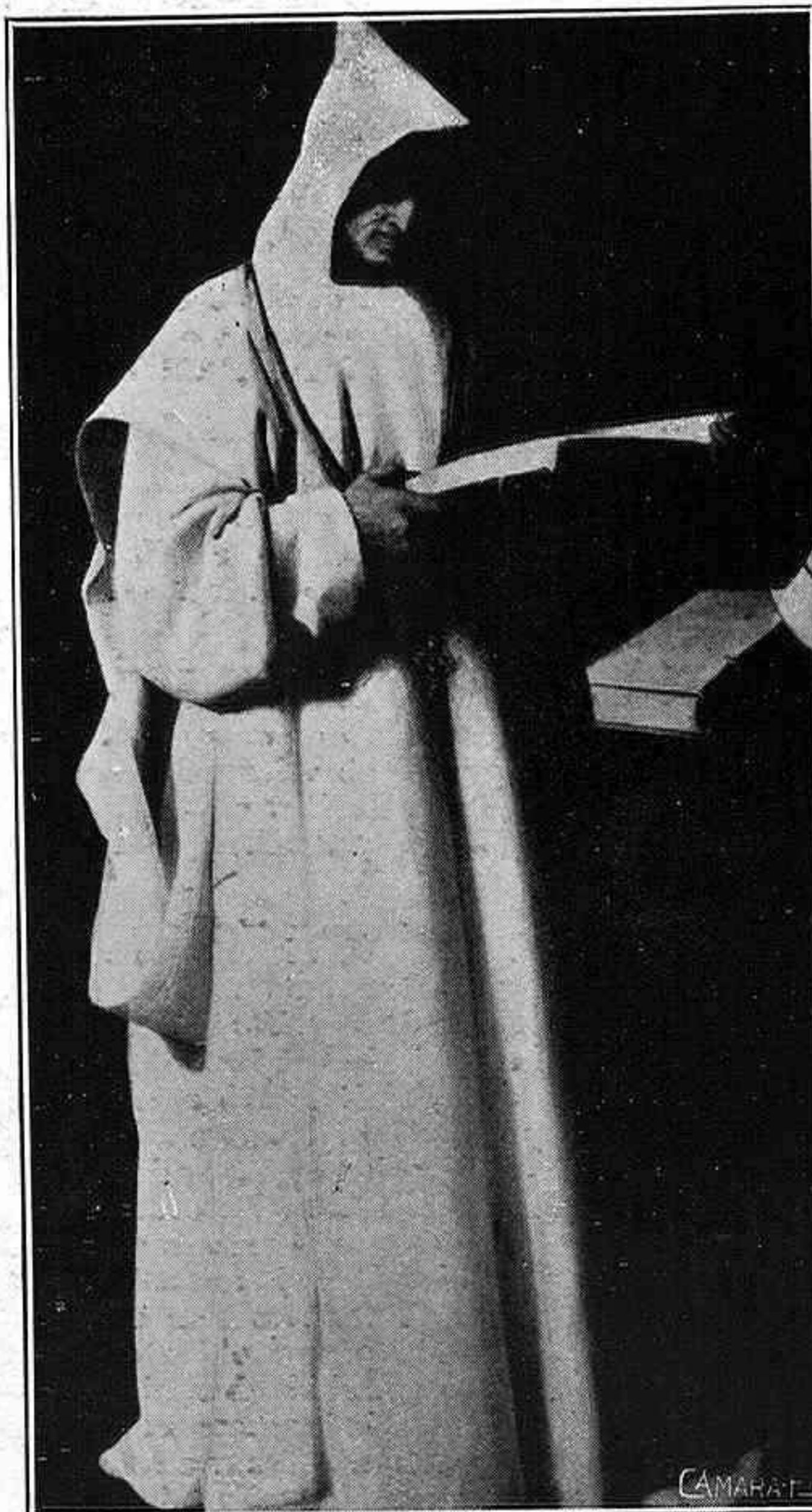
MARIO DUPLESSIS

MCMXXII.



Palacio de Holyrood. - Edimburgo (Escocia)

EL MUSEO DE BELLAS ARTES DE CÁDIZ



Cuadros de Zurbarán que se conservan en el Museo de Cádiz

Nos hemos ocupado algunas veces, en estas columnas, de Cádiz—el Cádiz estético—y de su más preclaro investigador y exégeta, D. Pe- layo Quintero. Hoy no sugiere á nuestra crónica un motivo arqueológico puro, sino un puro asunto de belleza soberana.

Ateniéndonos á los medios económicos de que disponen, nos parece mentira que en muchas ciudades españolas, de ejemplar apartamiento artístico, no haya un Museo de Bellas Artes, y en cambio exista en Cádiz, donde el problema crematístico pudiera considerarse insoluble, y lo sería de hecho á no contar con el interés y el entusiasmo infatigables del señor Quintero.

He aquí la prueba. La Diputación gaditana dedica 750 pesetas anuales para sufragar todos los gastos del Museo, y lo hace tan poco cordialmente, que en 1920 aún no había entregado los fondos de 1919. ¡Esta es la España oficial que pretende monopolizar la cultura, el patriotismo y la moralidad administrativa!

Además, el Estado, por su parte, se propuso emular dignamente á la Excelentísima Diputación, y aun superarla, desentendiéndose en absoluto de la vida íntima del Museo, cuya Junta se vió precisada (1920) á poner cuota de entrada á los visitantes antes que verse precisada á clausurar el local. Con todo lo expuesto, el lector verá que merece nuestra felicitación dicha Junta, en la que figuran, además del insigne arqueólogo citado, los cultísimos señores Ruiz de Azúa, Molina, Repito y Accamé; Junta que no sólo atiende á la existencia de este admirable Museo, sino que se desvela por su progreso, cómo nos lo demuestra el que, con tanta penuria económica, se publiquen preciosos é interesantes catálogos y boletines del Museo.

ooo

Entre los cuadros notabilísimos que

han merecido la atención de los eruditos gaditanos, vamos á citar algunos, referente á los cuales la glosa llegó á ser admirativa universalmente.

El ilustre crítico de arte, Wiesenthal, al comentar el gran lienzo titulado *Los Doctores de la Iglesia Católica*, opone algún reparo de sólido fundamento á la opinión generalmente aceptada, que atribuye dicha obra á Jordaens...

Efectivamente, la figura central del lienzo—central, estéticamente, y para nosotros—, San Ambrosio, el paradisíaco maestro del gran Agustín, no tiene ningún aire rubensniano, hecho extrañísimo en él, discípulo tan calificado y sugerido que llevó á confundirse varias veces con Rubens. Pero dejemos á un lado las discrepancias técnicas y críticas, y describamos la admirablemente compuesta figura de San Agustín. Como dice Wiesenthal, el autor nos ofrece al teólogo en un momento de gloriosa serenidad espiritual en un instante ecuánime, en el que habiendo vencido á los bellos monstruos humanos, habla con un maravilloso ritmo de doctor angélico á San Gregorio *el Magno*, á Santo Tomás de Aquino, á San Isidoro de Sevilla y á San Buenaventura.

La factura, de flamenca gravedad; la técnica, el colorido de los paños y la verdad de los fondos, hacen de este cuadro una sencilla y briosa preciosidad.

ooo

Duquesa Bonne d'Artois. He aquí otro lienzo bellissimo del Museo de Cádiz; nosotros, humildemente, con esa desesperada fidelidad á la ilusión estética, nos resistimos á creer contra toda lógica detallista y técnica que sea una simple copia de Juan Van Eyck. Aquí, la *filia* es exacta; la manera, rotundamente clara, tan clara que no cabe la presunción de escuela; en suma, á pesar de la opinión autorizada del gran crítico alemán August L. Mayer, nos parece que para hacer esta copia de Juan Van Eyck,



«Duquesa Bonne d'Artois», cuadro de Juan Van Eyck, que se conserva en el Museo de Cádiz



Sala de Pintores Gaditanos del siglo XIX

se necesitaba ser Juan Van Eyck... ¡Y nos dicen que hay dos copias: ésta y la de Berlín; y que el original se lo perdió al autor, acaso en su viaje por España!
¡Fatalidad se llama esa figura!

ooo

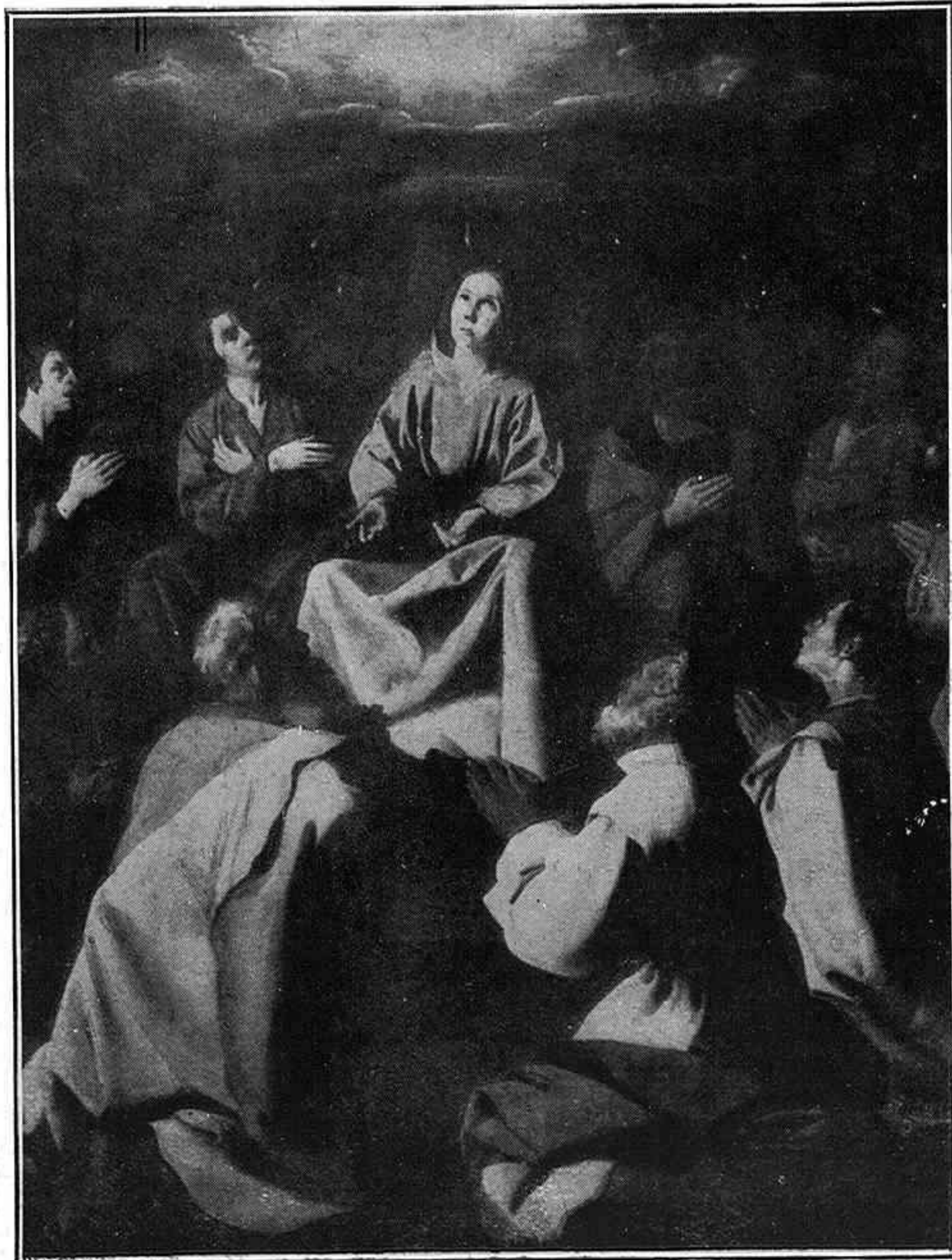
De Francisco de Zurbarán, en el *Guadalupe*, dice el sabio tudesco doctor Hugo Kehrer (Munich), en uno de sus estudios magistrales:

«Allí, en aquel nido de águilas (Guadalupe), entre rocas, en medio de aquella naturaleza salvaje de Extremadura, uncidos en el silencio del viejo Monasterio, allí es donde debe leerse el gran catecismo de la tranquilidad: Zurbarán fué su intérprete...»

Y nos habla el crítico selecto de cómo nuestro gran pintor divinizaba, solemnizándolos, los más triviales minutos de la vida monacal...

Nosotros quedamos sumidos en la más dolorosa de las perplejidades... ¿Asuntos ligeros los de Zurbarán? Y seguimos leyendo al crítico, procurando encontrar la explicación. Y dice:

«Casi siempre carece de ardor apasionado—indudablemente, Mayer es un gran crítico, de técnica y de objetividades; pero su sensibilidad (nos lo parece) cae fuera de las fuentes recipiendarias de la nuestra—. Zurbarán fué



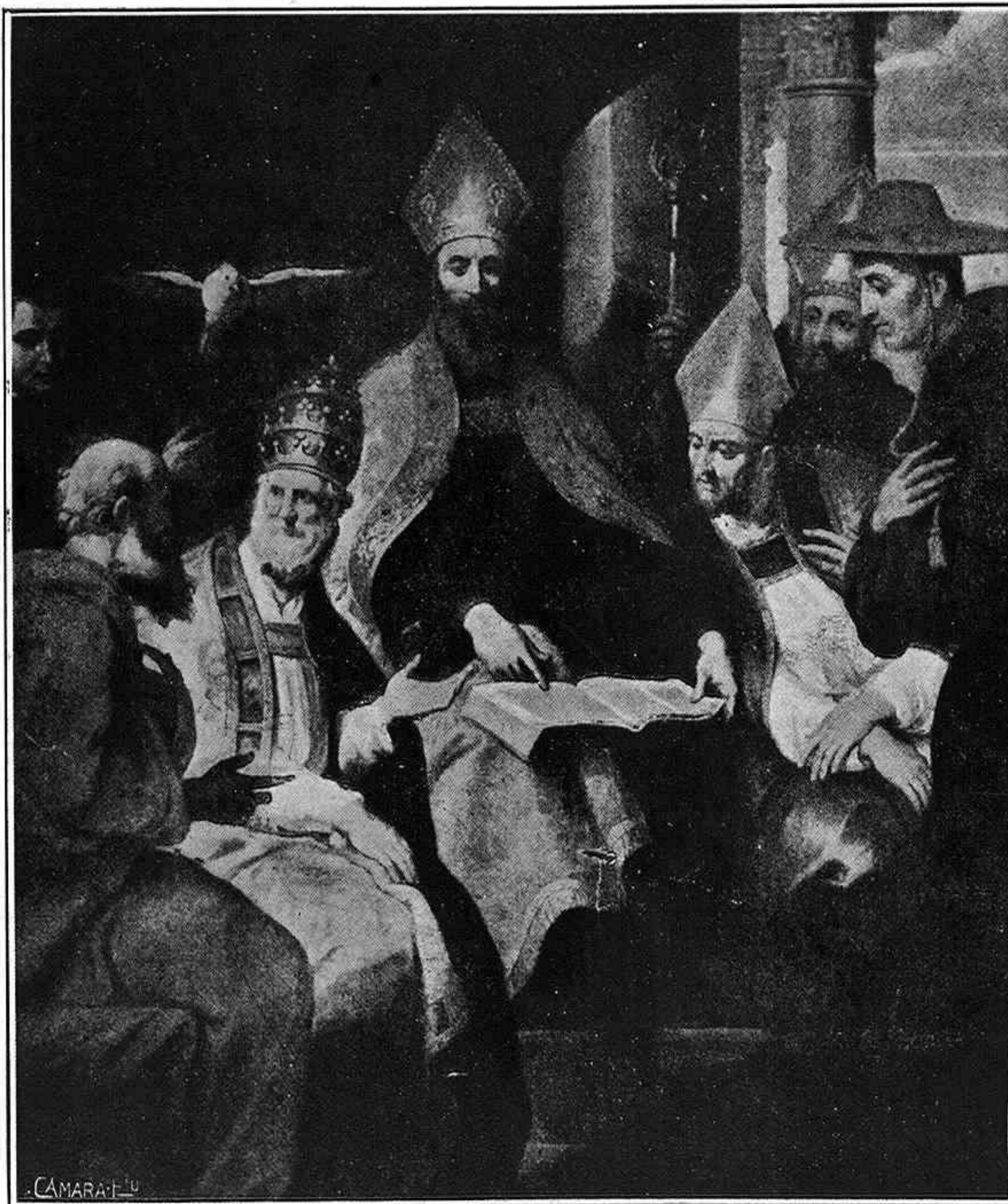
«La Pentecostés», cuadro de Zurbarán, que se conserva en el Museo de Cádiz

un gran nacionalista pictórico; creó plena y absolutamente bajo la ideología española de su época, y sólo su tecnicismo asombroso

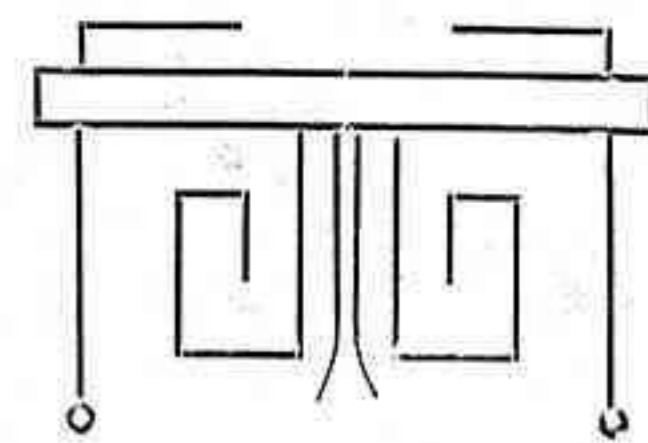
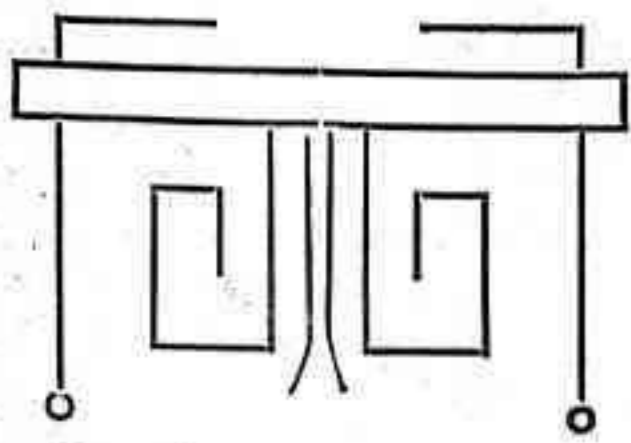
y su inspiración medularmente, no ya nacional, sino localista—del Guadalupe—, latente como sedimento primordial en todas sus obras, nos lo entrega totalmente apasionado, con un apasionamiento, no decorativo, suntuoso y moviente, pero sí íntimo, espiritual, reconcentrado, sin llegar, desde luego, á la lámpara interior del Greco, pero mucho más escueto que Murillo, en el que siempre se adivinan los espíritus serenos y beatos en torno á los lampadarios puramente ornamentales. ¡No es lo mismo pintar monjes satisfechos de su fe, que pintar monjes recreándose en su celeste sufrimiento!

Y en los monjes de Zurbarán del Museo de Cádiz alienta, trémulo y glorioso, un *masoquismo* cerebral pleno de místico fervor.

MORENAS DE TEJADA



«Doctores de la Iglesia Católica», de Jordaens, que se conserva en el Museo de Cádiz



«IN MEMORIAM»

ALEJO VERA



ALEJO VERA en 1861

La silueta de este pintor del siglo XIX es curiosísima. Su vida artística es larga, no se improvisó, no tuvo arrebatos. Arrimóse al abrigo del resplandor que por entonces envolvía a D. Federico Madrazo, é ingresó en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, de la que salió porque el banquero Miranda, que adquirió algunas de sus primeras obras, pensionó á Vera para que fuese á Roma á continuar sus estudios, comenzados con tan buen augurio; y allí pintó su obra capital, *El entierro de San Lorenzo*, por la que obtuvo los honores de primera medalla y la propuesta de adquisición por el Gobierno de tan notable cuadro, que figuró algún tiempo en el Museo del Prado, y en la actualidad en el Museo de Arte Moderno del Palacio de Museos y Biblioteca.

Esta obra está calificada por las autoridades artísticas como una de las notas más correctas

y sentidas de la pintura española del siglo XIX.

Después realizó otra obra de importancia, titulada *La comunión de los antiguos cristianos en las catacumbas de Roma*, obteniendo la pensión de mérito de la Academia Española en Roma, por el Estado, y entonces pintó el famoso cuadro titulado *El último día de Numancia*, lienzo que expuso en la Nacional de Bellas Artes de 1881, por la que obtuvo otra primera medalla.

Vera ocupó la vacante del pintor Sans en la Academia de San Fernando, leyendo en su ingreso un discurso notable sobre el Realismo y naturalismo en la pintura, y sus diferencias é importancia comparadas con el idealismo. En 1892 fué nombrado Director de la Academia Española en Roma, y cuando cumplió el plazo de su cometido, vino á Madrid, para ocupar la cátedra de Colorido y Composición de la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado, la que regentó hasta el año de 1904, en que fué jubilado, por cumplir la edad reglamentaria.

Este era el artista. Veamos al hombre que dicta su esquela de defunción en estos términos: «A fin de evitar en lo posible á mis amigos y conocidos disgustos y molestias, no se les dé cuenta de mi fallecimiento.» No menos curiosas son otras disposiciones que dejó escritas referentes á su muerte. «Deseo que mi sudario sea una sábana, que mi entierro sea de pobreza y que sobre mi tumba no se coloquen inscripciones pomposas.»

Todos sus bienes los deja á su nieto adoptivo, el hijo de Fortunato, su compañero de Roma, el protegido por quien D. Alejo Vera sentía verdadera debilidad y entrañable cariño. Este chico le acompañaba en la postrimerías de su vida en sus salidas y paseos; era el brazo derecho del «nono», del romántico hidalgo de la Plaza del Progreso, que vivió una vida de anacoreta del Arte, de prudente ciudadano y de caballero sin tacha.

Jamás solicitó de la Prensa el reclamo. Es



ALEJO VERA en 1919

condido siempre en su estudio, tenía la convicción de que los hombres no se deben labrar tronos de guardarropía, más ó menos teatrales, sino que las reputaciones se deben conquistar á pulso, con una conducta honrada y sana.

Murió D. Alejo Vera sin que nadie se enterara. A su sepelio sólo asistieron Blay Verger, Marín, Garnelo Fortunato y cuatro antiguos alumnos de su clase de la Escuela de San Fernando. La Academia y el Círculo de Bellas Artes desplegaron sus colgaduras negras cuando sus restos estaban bajo tierra. Se fué sin ruido, sin ostentación y sin coronas. No le hacían falta, porque hombres de su carácter y de su categoría no necesitan esas fórmulas sociales; la Historia se encarga de colocar los laureles merecidos á quienes, como él, labraron la gloria de la Pintura española.

J. BLANCO CORIS



«La destrucción de Numancia», cuadro de Alejo Vera

DE NORTE A SUR



Madrid.—Los nuevos esposos doña Emilia García López y D. Arturo Viudas, cuya boda se efectuó, en la iglesia de la Concepción, el sábado 10 del corriente, con aristocrática concurrencia



Madrid.—Nuestro compañero José Francés, rodeado de los ministros de Instrucción Pública y Hacienda, el presidente del Consejo de Instrucción Pública, los directores generales de Bellas Artes y Comunicaciones y otras ilustres personalidades, después del banquete celebrado el 10 del actual en el Palace Hotel, y al que asistieron más de trescientos comensales

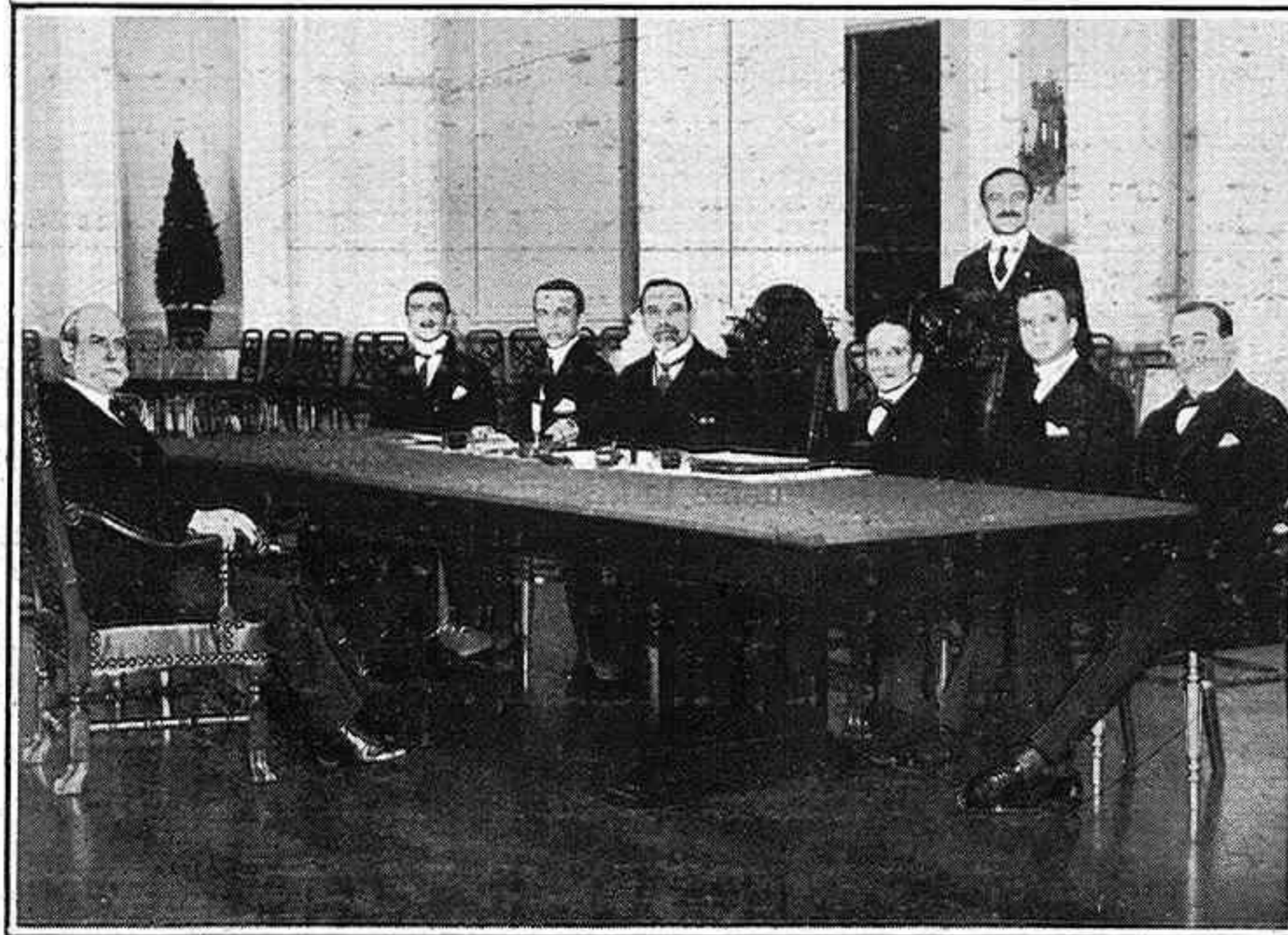
En el Palace Hotel se ha celebrado un banquete-homenaje á nuestro entrañable compañero el insigne novelista y crítico de Arte José Francés, para festejar el éxito de su admirable novela *El Hijo de la Noche* y su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes. Fué un acto grandioso al que concurrieron más de trescientos comensales, entre los que figuraban los primeros artistas y escritores españoles. Con Francés se sentaron en la presidencia los ministros de Instrucción Pública y Hacienda, Sres. Salvatella y Pedregal; directores generales de Bellas Artes y Comunicaciones, Sres. Weyler y Pérez Crespo; presidente de la Asociación de la Prensa, Sr. Francos Rodríguez; directores de los Museos del Prado y Moderno, Sres. Sotomayor y Benlliure; director de la Escuela Nacional de Bellas Artes, Sr. Blay, y Comisiones del Circulo de Bellas Artes y Cuerpo de Correos. Se leyeron cerca de cien adhesiones, y luego de hablar los Sres. Rivas, Salvatella, Francos, Benlliure y Pérez Crespo, dió las gracias el Sr. Francés con un bellissimo discurso.



JOSÉ MARÍA GOL

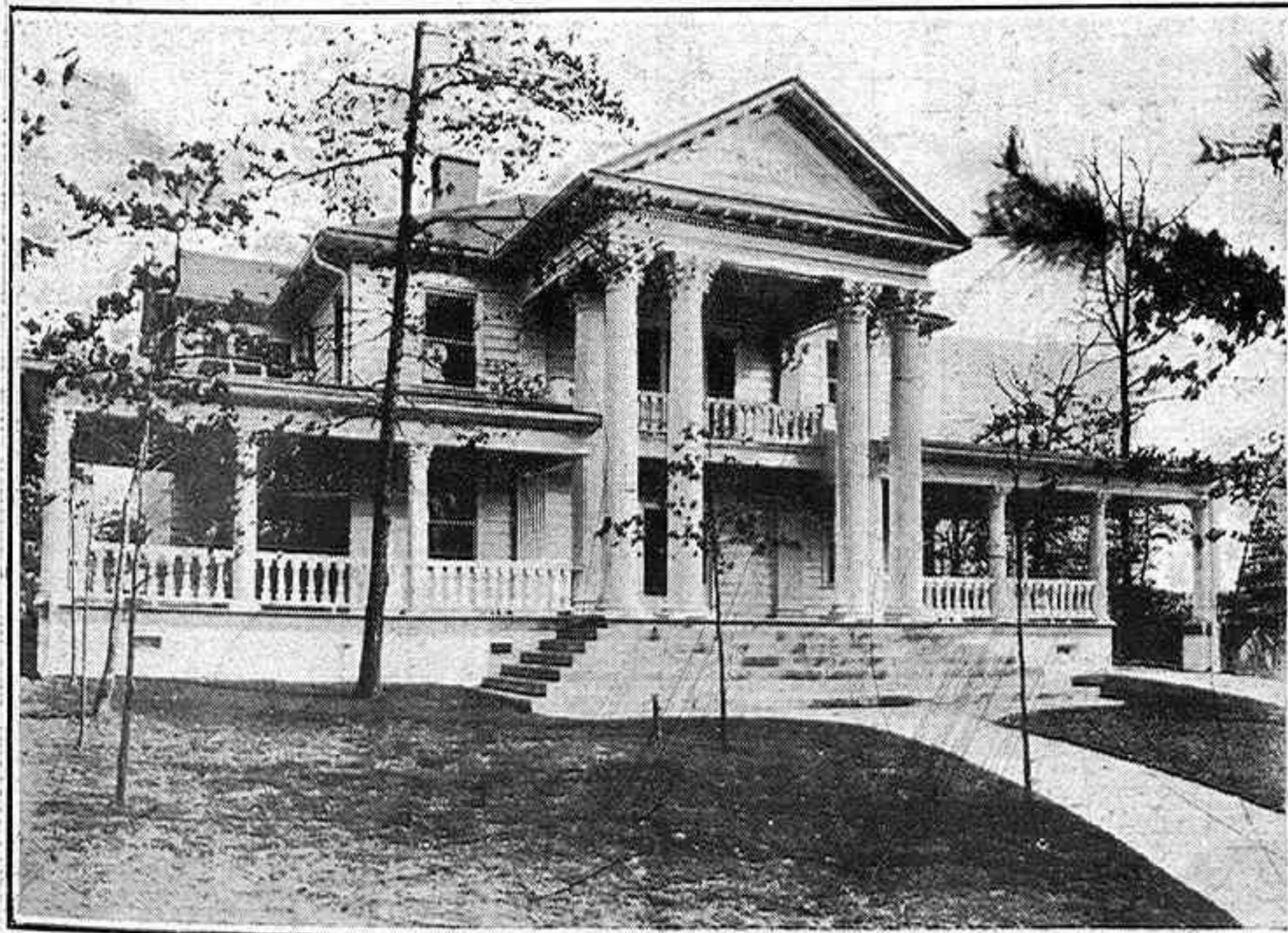
Admirable artista, que ha hecho una Exposición de vidrios pintados, esmaltados y grabados, en las Galerías Layetanas, de Barcelona

José María Gol es uno de los artistas más admirables del actual renacimiento estético catalán. En las Galerías Layetanas ha hecho una Exposición de vidrios pintados, soplados, esmaltados, tallados y grabados que acusan poderosa perfección. Es algo originalísimo y nuevo; pero basado en la tradición catalana y exaltado con las modernas orientaciones francesas. Gol da á los objetos frágiles sensación de eternidad y de inmortalidad al mismo tiempo. Se propone traer sus obras á Madrid, y seguramente habrá de influir de un modo eficaz y bello en las artes industriales de nuestra época presente.



Washington.—Insignes diplomáticos americanos que han firmado el tratado entre Chile y Perú, referente á la cuestión Tacna-Arica

En Washington se ha firmado al fin un tratado referente á la vieja cuestión hispano americana de las ciudades de Tacna y Arica, que viene á resolver las diferencias y discusiones antiguas entre las dos prósperas y fructíferas Repúblicas de Chile y Perú. Nuestra fotografía reproduce una de las sesiones del Comité nombrado al afecto bajo la presidencia del secretario de Estado señor Charles Evans Hughes



Atlanta.—La casa de mister Edward Young Clarke, presidente de la secta «Klu-Klux-Klan»

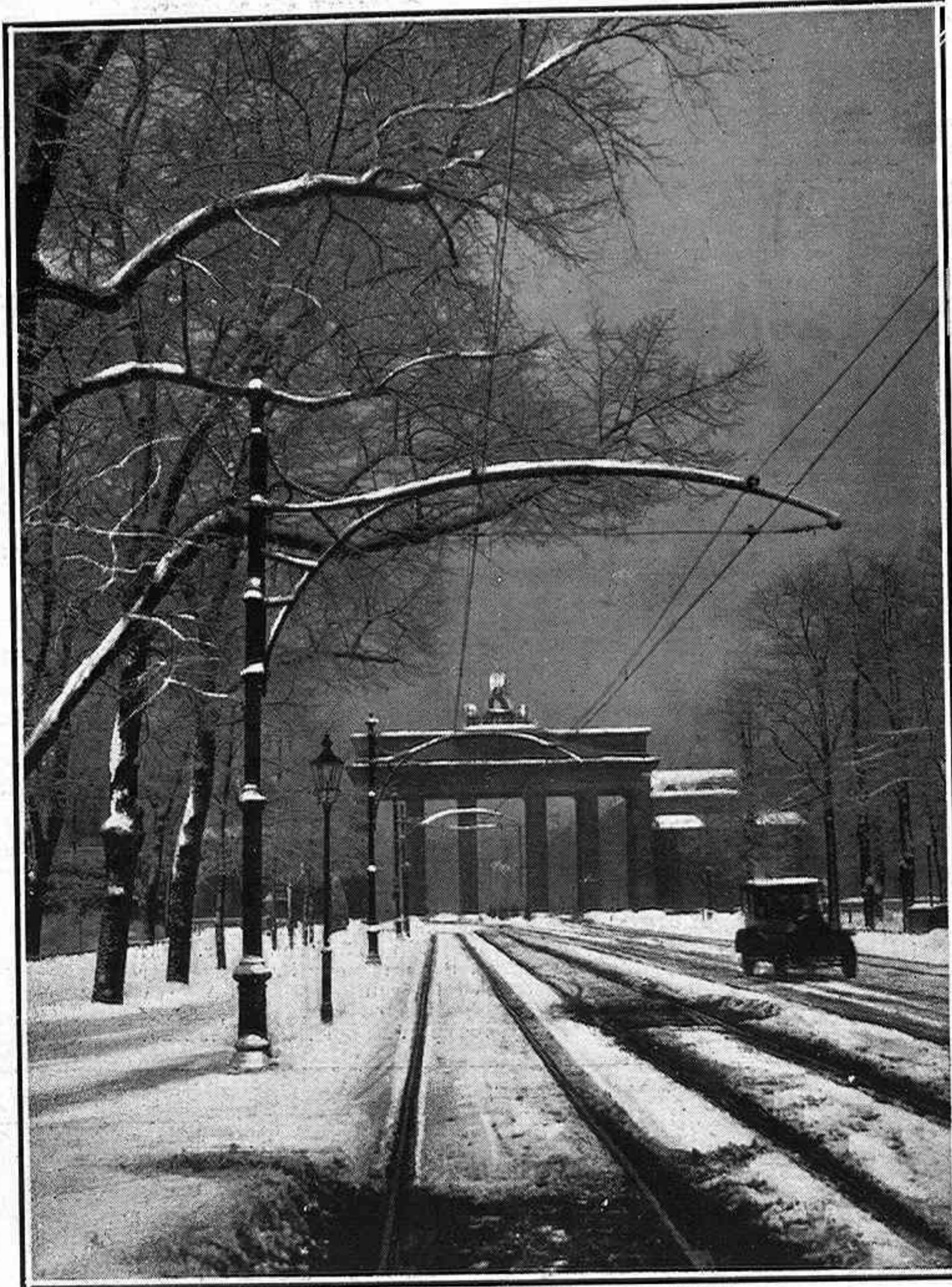
Nada parece anunciar en esa placida vivienda, sonriente á la clara luz del sol, que alberga al temible jefe del Klu-Klux-Klan, la secta de los «purificadores», de los exterminadores de todo cuanto consideran nefasto ó punible para la prosperidad nacional con arreglo á su credo ideológico. Sin embargo, nada más cierto; en esa placida y amable casa vive el presidente mister Edward Young Clarke.

¡Siempre la española! En París se representa actualmente una obra entre andaluza y marroquí, donde salen mantillas, guitarras, fandangos, alfañes, turbantes, danzas moriscas y castañetas. Se titula *Les deux belles de Cadix*, y una de estas bellas es mademoiselle Marcelle Irven, que si tiene cierto aire morenamente gaditano, se coloca la mantilla como cualesquiera de las cupletistas actuales.

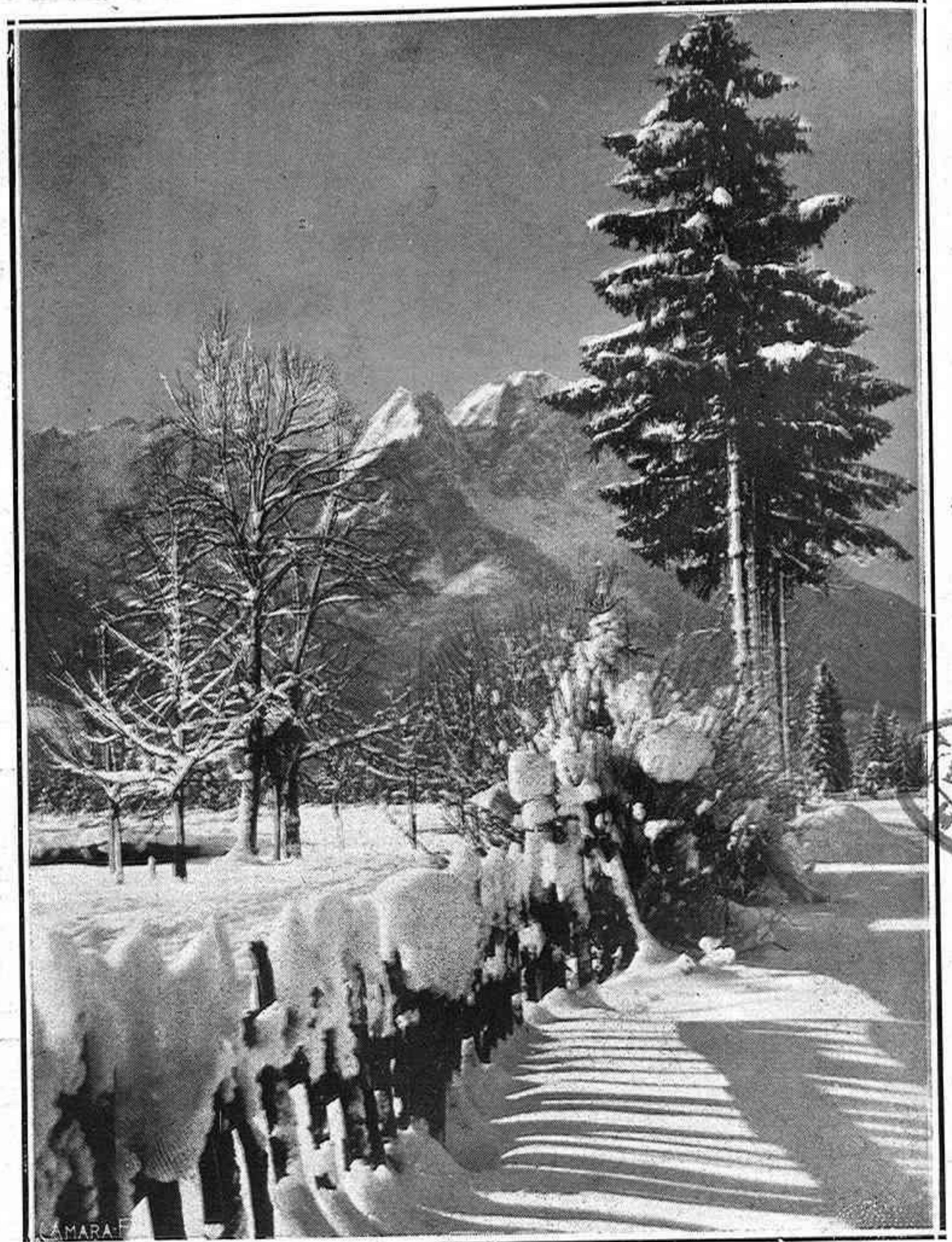


París.—La señorita Marcelle Irven en su papel de española en la obra «Las dos bellas de Cádiz»

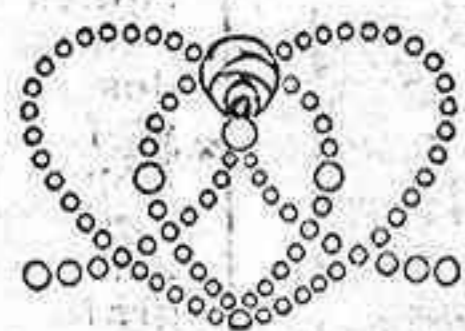
LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA
LAS BELLEZAS DEL INVIERNO



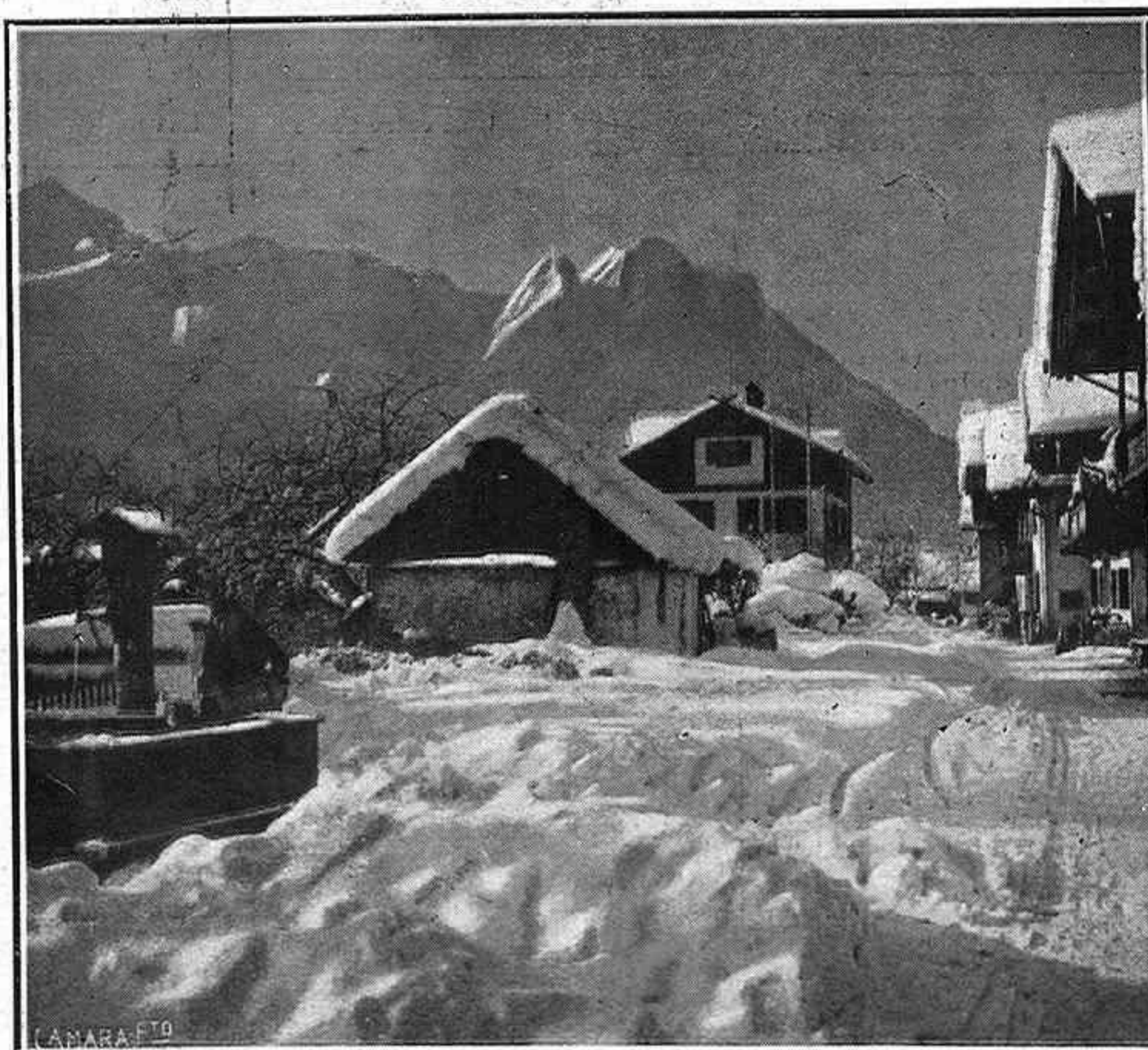
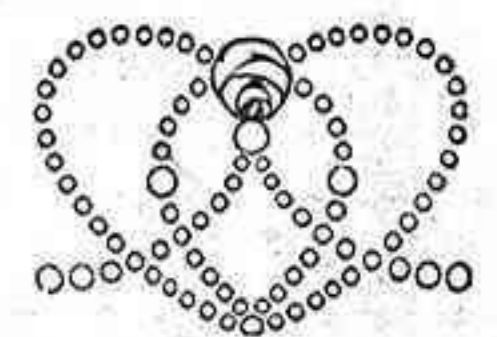
El «Tiergarten» y la Puerta de Brandenburgo, en Berlín



Mañana de sol en los Alpes austriacos



LA urbe moderna, espléndida en sus monumentales arquitecturas, como la ingente y solitaria montaña, adquieren una majestuosa é impresionante hermosura bajo el impoluto manto de la nieve. Sorprender su belleza y fijarla en el misterioso laboratorio de la cámara oscura, ó en el lienzo, es don de verdaderos artistas. Las fotografías que ilustran la presente página, verdaderos *tours de force* de la placa sensible, complacerán, seguramente, á los amadores de la invernal estación.

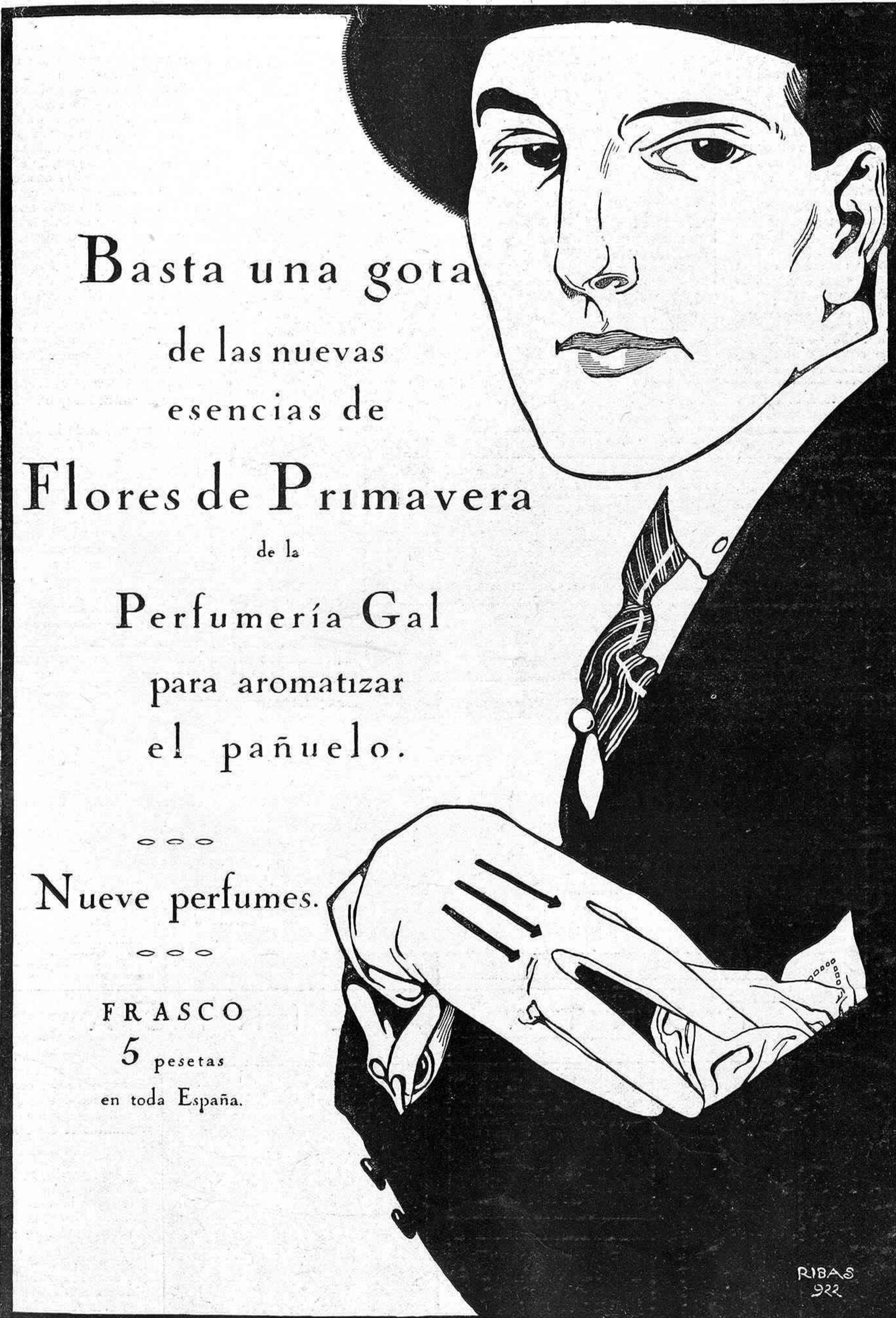


Una aldea en los Alpes austriacos, después de una nevada



La «Schinkelplatz» y la Catedral de Berlín en un día de invierno

ST. NEUBERGER
 BIBLIOTECA
 MARIENBURG



Basta una gota
de las nuevas
esencias de
Flores de Primavera

de la

Perfumería Gal

para aromatizar
el pañuelo.

○ ○ ○
Nueve perfumes.

○ ○ ○
FRASCO

5 pesetas

en toda España.

RIBAS
922

Mis recuerdos de Max Nordau

No puedo escribir de Max Nordau, al acabar de saber su muerte, sin una profunda emoción. Los lazos de afecto que me unían á él y los suyos hacían que la familia del ilustre maestro se llamase *mi familia de París*. Porque Max Nordau, que era nuestro por su descendencia sefardí, y que había nacido en Hungría, era un apasionado de la Francia, donde vivió siempre, ejerciendo la medicina y la literatura.

Max Nordau era un gran doctor, por lo mismo que tenía un talento privilegiado, que escapaba á los moldes vulgares. Sólo siendo tan gran escritor pudo eclipsarse á sí mismo como hombre de ciencia.

Es inolvidable la visión de la linda casita de la *rue Henner*, donde conocí á Max Nordau. Recuerdo las tardes de los martes, día de recepción de Mme. Max Nordau, que sentada al lado de su mesa, frente al samovar, repartía el té á la concurrencia de los primeros nombres de las letras y las artes que llenaban su salón.

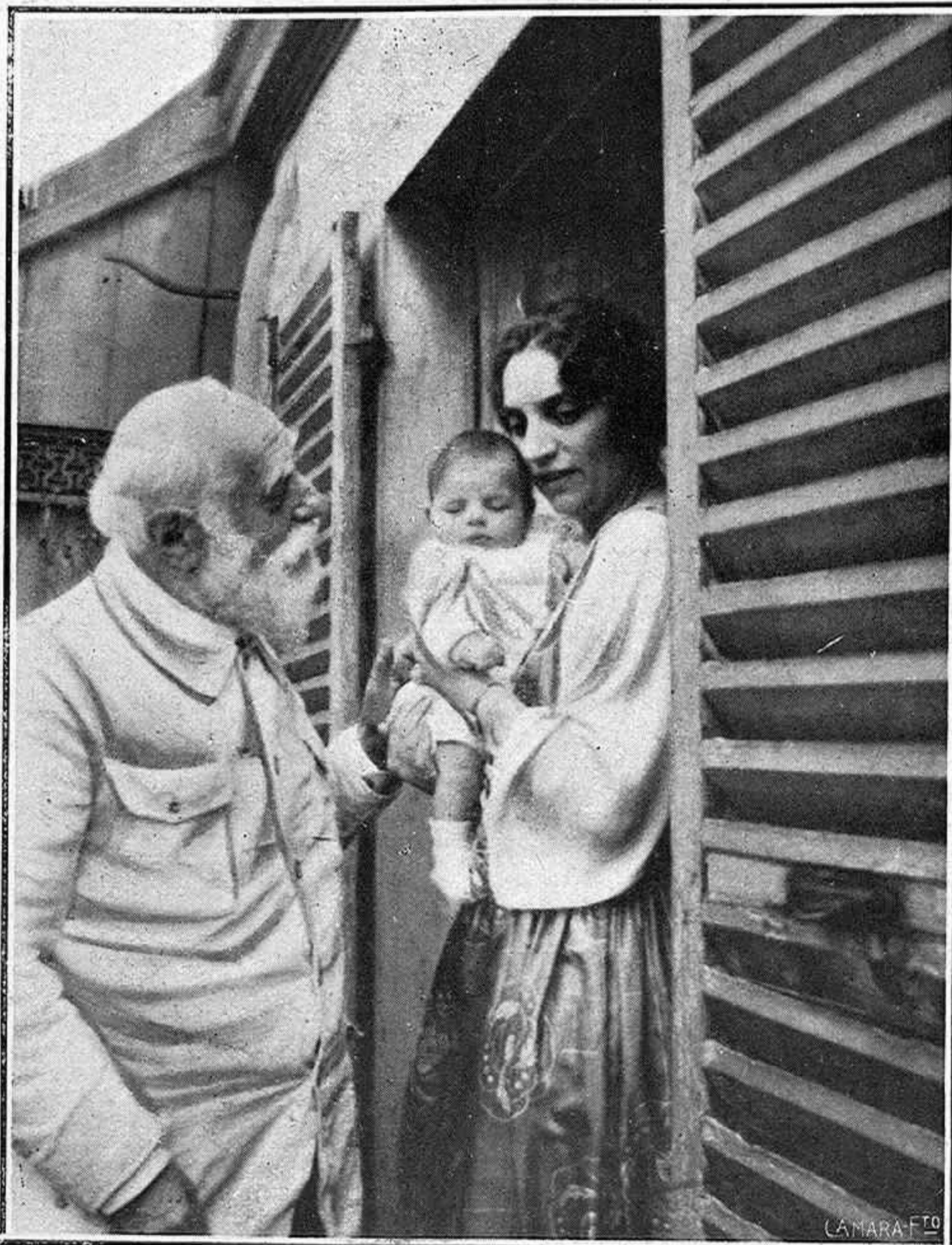
El sabio trabajaba entre tanto en su torreón, entre los libros y los papeles, que lo llenaban todo, y recibía allí de vez en cuando algunos escasos amigos, aunque los admiradores que lo solicitaban eran numerosísimos. Era la época del apogeo de la gloria del autor de *Mentiras convencionales* y *Matrimonios morganáticos*. Su valiente independencia, su espíritu crítico, sus teorías libertadoras le conquistaban la admiración, aunque al mismo tiempo levantasen campañas contra él.

Recuerdo que en aquel gabinete, donde pocos penetrábamos, había siempre un hermoso gato color ceniza que paseaba majestuosamente entre los papeles, se subía en la mesa y se acostaba al lado del maestro, que lo acariciaba mientras seguía conversando.

Su hija única, Maxa, jugaba con la mía en el columpio que tenía en el jardín. Cuando Maxa se acostaba, Max Nordau se sentaba al lado de su cama para dormirla contándole cuentos que para ella inventaba, y que yo traduje al castellano con el título de *Cuentos á Maxa*.

Nadie más sencillo y más amable en la intimidad que Max Nordau. Adoraba á su esposa, que era su más inteligente y delicada colaboradora.

—Me he casado tarde—decía—, porque has-



Último retrato del ilustre Max Nordau con su nieta, la pequeña Lillana, hija de la escritora Mati de Doni, y el poeta Pierre Parap

ta encontrar á Ana no había hallado compañera, y tener mujer no me seducía.

Siempre solicito para su familia, sin hacer diferencia entre su hija y sus tres hijastras, la nota que más llamaba la atención en el gran hombre era la de su ternura. Su gesto era el de un buen abuelo: con su cara sonrosada y fresca, sus ojos llenos de vida y de luz, su barba y su cabellera de nieve, tenía algo de patriarca bíblico, algo de Padre Noé.

La guerra vino á destruir en parte esa felicidad. Durante esa penosa época, refugiado en Madrid, el gran hombre vivió modesta y silenciosamente, sin tratar más que á algunos ver-

daderos amigos; siempre trabajando y siempre consecuente con sus ideas, recto, inquebrantable.

El, que de muchacho había viajado por España, volvía á recordar sus impresiones, uniendo las de antes y las de ahora en un hermoso libro.

En Granada, donde Maxa, que es una pintora de talento, de clásica escuela española, hizo sus estudios, Max Nordau acabó un hermoso libro de arte, algo como el Vasari de Italia, aunque lleno de más sutil observación y profunda psicología: *Los grandes maestros del Arte español*.

Regresó á París herido ya por la enfermedad y el dolor de la pérdida de una de sus hijastras, joven doctora en Medicina que se contagió cumpliendo sus deberes en los hospitales de sangre y á la que él no pudo asistir. Su alma generosa se entristecía ante el espectáculo de la guerra de la miseria, de la injusticia: el fruto de los prejuicios contra los que luchó siempre.

Como su casita de la *rue Henner* ya no estaba libre, fué á vivir á su lado, en un último piso que tenía uno de esos balcones de panorama sobre el tejado, tan típicos de París.

Allí lo vi la última vez el pasado Mayo. Conservador de afectos, había buscado otra vez su París y en París su calle de siempre. Era el mismo el decorado de su casita, los queridos muebles familiares, sus papeles y sus libros. Un gato jugaba cerca de él.

Estaba, como siempre, rodeado de la familia, que lo adoraba: su hermana Carlota, su esposa y sus hijas. Las niñas eran ya mujeres. Matilde y Lily, sus discípulas, escribían, y Maxa pintaba. La primera, casada con el notable escritor Pierre Parap, llevaba su hija de pocos meses, ahijada de madame Emilio Zola.

Max Nordau se olvidaba de todo acariciando á la pequeña Lillana. La mecía, la arrullaba en sus brazos con su aspecto de buen abuelo siempre. Indudablemente la linda criatura despertaba en la mente del filósofo ideas melancólicas.

Cuando le rogué que me dejara sacar esa fotografía, que realizaba mi visión de la paternidad, llena de ternura, que siempre admiré en Max Nordau, al par de su talento, estaba lejos de pensar que ya, á mi regreso á París, tendría la inmensa pena de no encontrar más al querido patriarca de la *rue Henner*.

CARMEN DE BURGOS
«Colombine»

M I F O N T A N A L Í R I C A

Con tan grande humildad que besa el su lo fluye la vena que punzó el deshice.

En la acequia campesina de la humilde carretera, con linda voz argentina canta la linfa pariera.

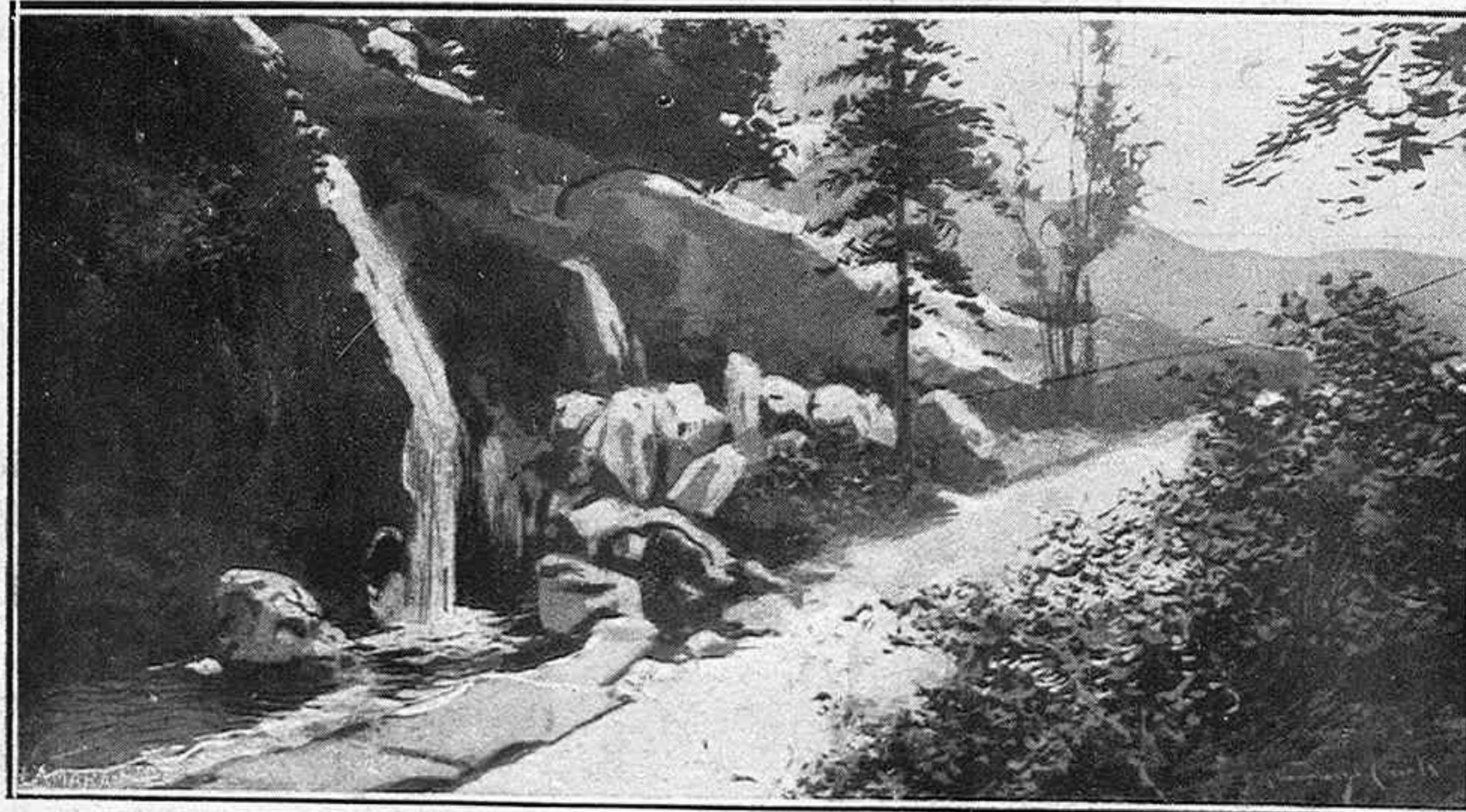
Deshace en espuma fina su canción de primavera, carcajada femenina de la que oculta me espera.

Esta fuente que yo estuve escuchando largamente la llevo en el corazón.

Después anduve y anduve; pero no encontré otra fuente de tan divina canción.

Esta en la tierra ha cavado un hoyo mientras desata el suave tono adorado de su severa cantata.

El borde tiene gastado la piedra en que se dilata el cortinaje acerado de la débil catarata.



Canta un grave ritornelo con voz de violoncelo la garganta de agua clara. Al romperse, una burbuja con fresca espuma dibuja el contorno de una cara.

¿Qué fuerza hay en tus raudales que á las arenas impeles á correr por los canales en que platearte sueles?

Cantas tonadas rurales dulcísimas como mieles, lira de ricos cristales, ¡fanfarria de cascabeles!

Tu copiosa cabellera de trenzas y bucles peinas; con sus ondas me enamoras.

Por eso yo la primera te proclamo de las reinas de las fuentes cantadoras.

LUIS-ANDRÉS

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

